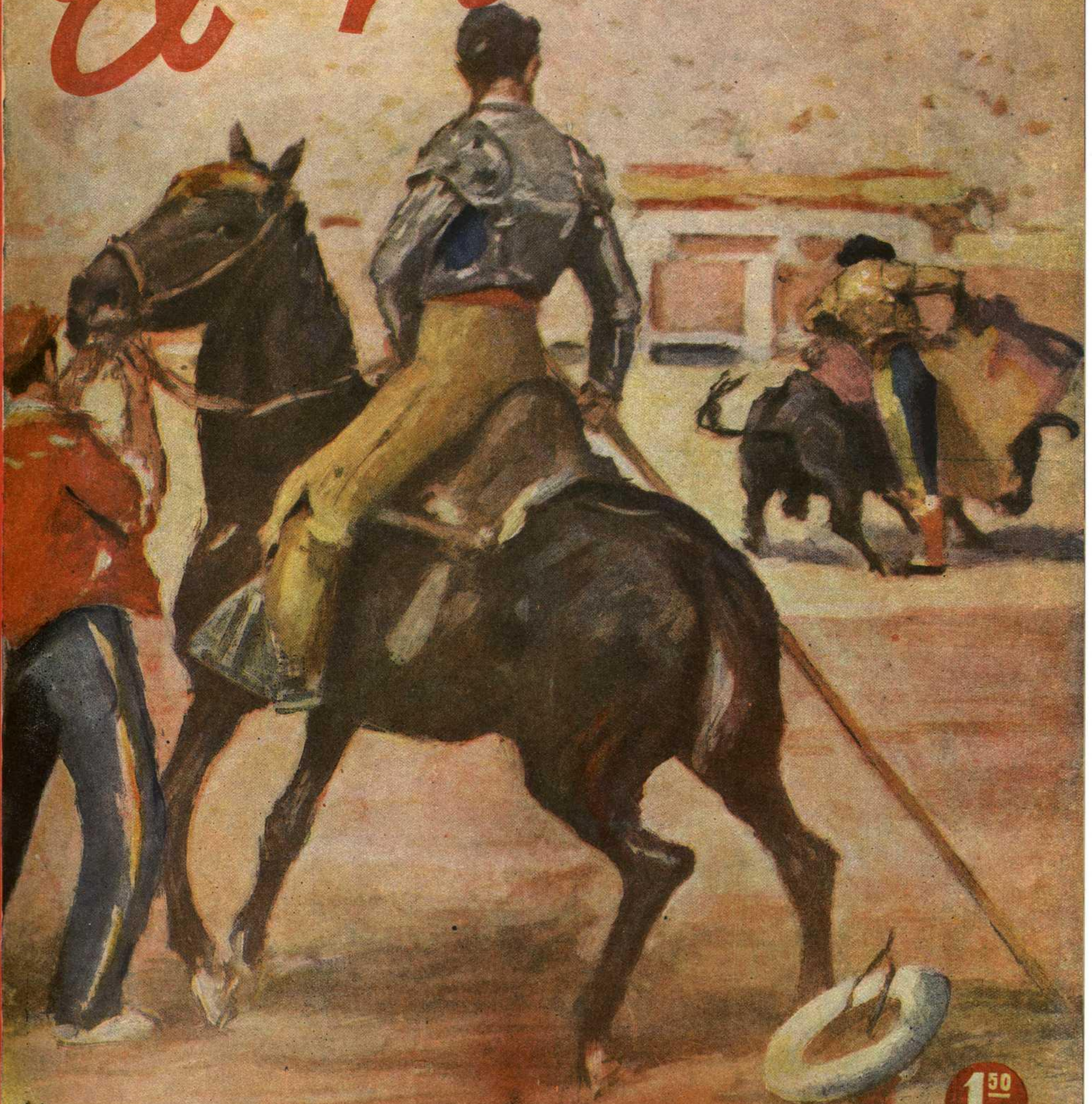
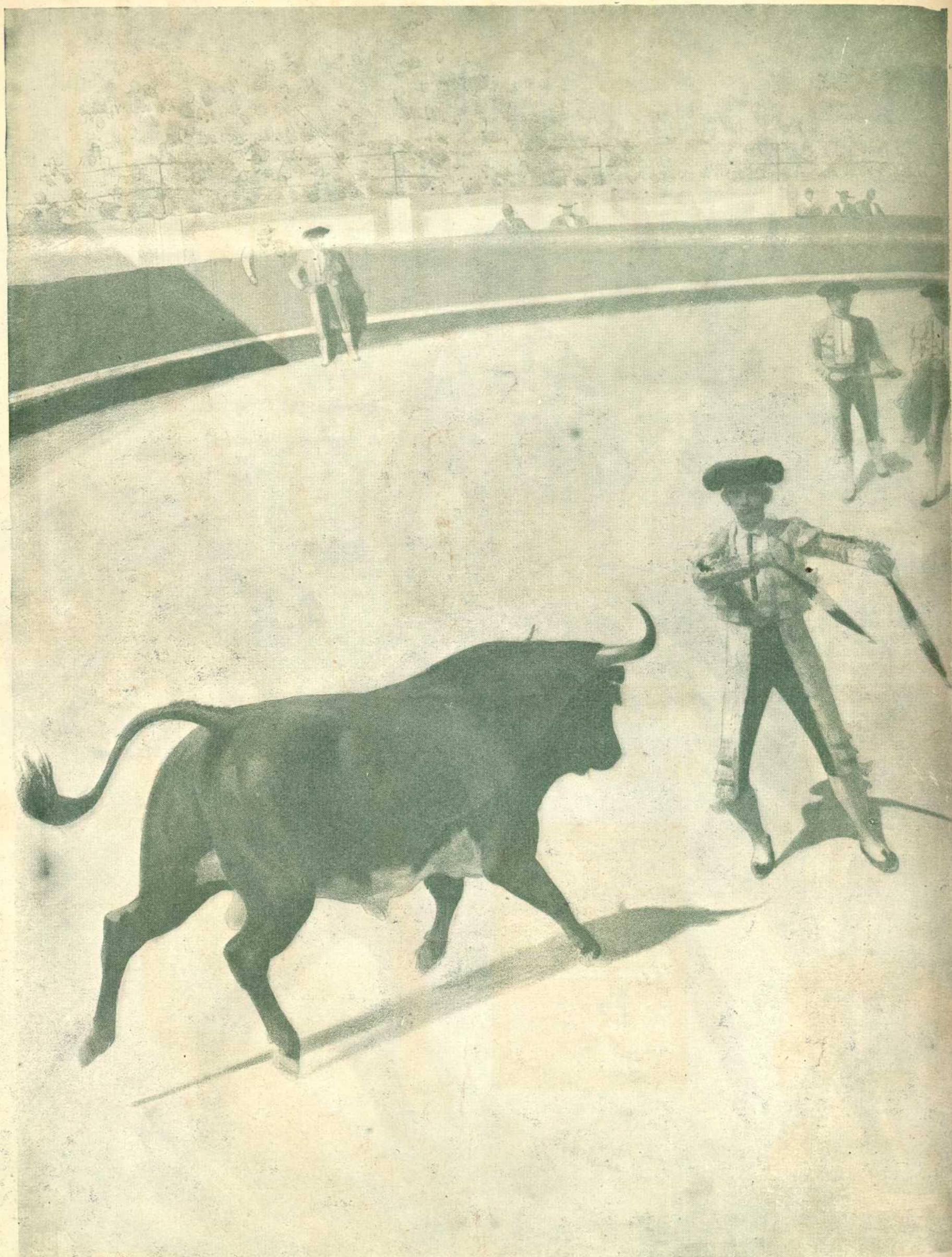


El Ruedo



JAAVEDRA

1⁵⁰
Pts



Fuentes, pareando al quiebro
(Dibujo de Perea.)

El Ruedo



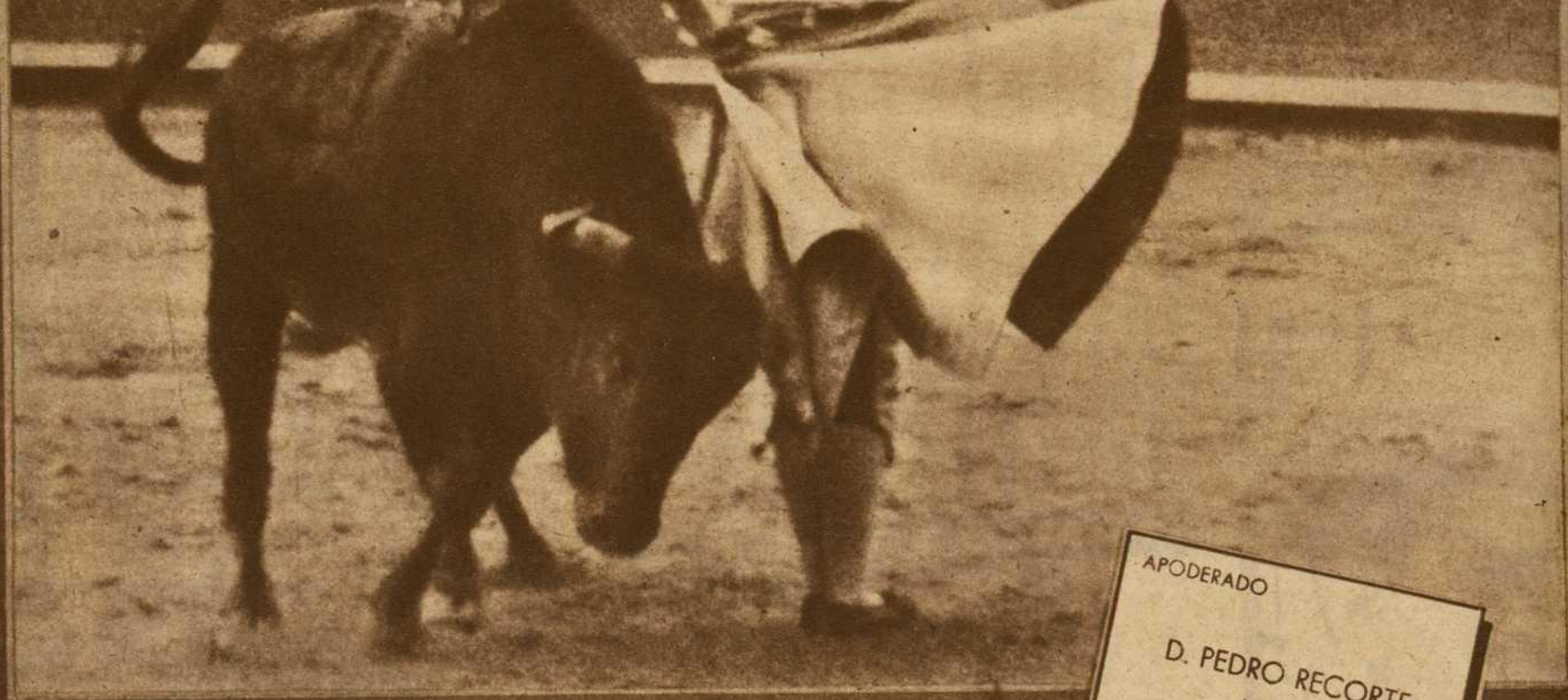
ARRUZA en Sevilla

El popular diestro mejicano, visto por nuestro fotógrafo Luis Arenas, a su llegada el sábado a Sevilla directamente desde Lisboa donde desembarcó

(Las fotos están hechas en el exterior de la plaza de la Maestranza)

(Interesante información en las págs. 4 y 5)

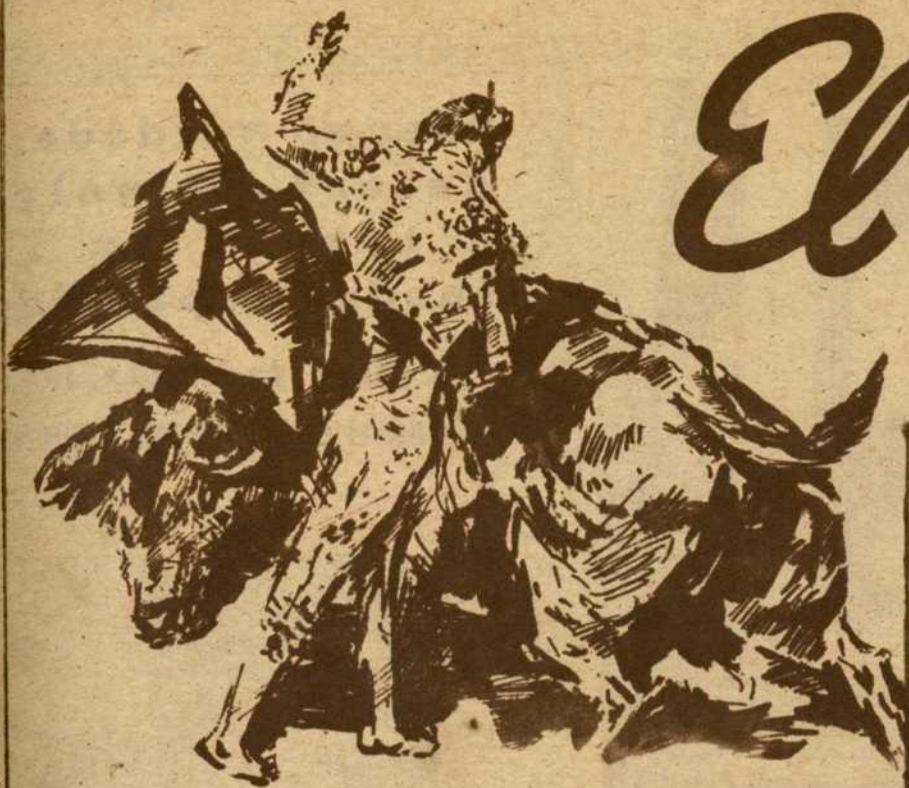
Llegó de Méjico UN TORERO



APODERADO
D. PEDRO RECORTE
Ronda Segovia, 18
MADRID Tel. 12105



Unos gramos, de las muchas toneladas de arte que tiene el novillero MANUEL JIMENEZ «CHICUELO», de Méjico, que el día 1.º de abril hace su presentación en España, Bilbao, con toros de Concha y Sierra



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



ENTRE los incontables beneficios que nos podría traer un régimen primaveral de lluvias, el de originar suspensiones de corridas y novilladas no sería uno de los más pequeños. Aparte de los jugosos pastos con que el ganado podría saciar su hambre, la suspensión de espectáculos taurinos durante el mes de abril, e incluso el de mayo, no sólo reduciría el excesivo número de reses que van a lidiarse en la presente temporada, sino que daría

tiempo a que mejoraran su presentación.

Pero a la hora en que escribo estas líneas, sólo la corrida de Algeciras, en la que iba a presentarse el diestro mejicano Carlos Aruza, y la novillada de Madrid, han sido suspendidas, y ya el sol luce en un cielo despejado, prometedor de días primaverales, para la solemne inauguración «oficial» de la extraordinaria temporada que se abre ante la codiciosa afición de los españoles.

He dicho esto de la extraordinaria temporada sin pensar, desde luego, en la Plaza madrileña, primera en otros tiempos y hoy «la última del mundo», como la califican unos aficionados en carta que con muchísimo gusto les contestaría si no se hubiesen olvidado del pequeño detalle de firmarla.

Creer estos buenos aficionados que si el coso de las Ventas volviese por sus fueros, por su prestigio, se iniciaría, por lo menos, el remedio de los males que padece la fiesta; pero esto parece imposible. Para la próxima semana inaugural campear ya por las provincias españolas un buen puñado de atractivos carteles. Para la de Madrid, nada.

Esto es lamentable, y hasta catastrófico. Me dicen algunos que ocurre así por no haber abono. Como yo sostuve que el abono, al precio disparatado que hoy se pagan las entradas, sería insoportable para los aficionados, ahora no puedo darles la razón; pero puedo aferrarme a la idea, lanzada aquí, de que al privilegio concedido a la Empresa de extender unas tarjetas de reserva —cómodas, sin duda, para el público, aunque harto caras—, podría ir pareja la obligación de anunciar un determinado número de corridas semejante al que se daba en las épocas felices del abono.

Y para no dejar en paz a la Empresa madrileña, digo ahora, y volviendo al principio, que el domingo no se suspendió la corrida por «el mal tiempo» —expresión antirreglamentaria—, sino por el pésimo estado de las taquillas. La tarde estuvo espléndida, con sol y sin viento, y el ruedo no había recibido, por desgracia, la lluvia suficiente para que fuese un obstáculo en la lidia. En torno al coso —yo lo vi como un engañado más—, centenares de aficionados paseaban melancólicos, preguntándose acaso: «¿Quién meterá en cintura a esta desdichada Empresa madrileña, que sólo invoca derechos frente a ninguna obligación?»

Año II -:- Madrid, 28 de marzo de 1945 -:- Núm. 42



El diestro mejicano Carlos Aruza, visto el sábado en Sevilla, a su llegada a España

CARLOS ARRUZA ya está en España



Carlos Arruza, tocado con la boina vasca, sonríe abiertamente al despedirse de los amigos, antes de emprender el viaje para Algeciras

"Tengo verdaderos deseos de volver a torear en los ruedos españoles"

"La Plaza de la Maestranza guarda el mejor de mis recuerdos"



Arruza, a su llegada a Sevilla, habla para EL RUKDO con nuestro redactor



LLEVAMOS más de tres horas de espera, en esta antesala de Sevilla que es la Pañoleta, aguardando a Carlos Arruza... Pero nadie se inquieta. El almuerzo —improvisado, pero abundante— ha discurrido en animada charla. El ex banderillero Ponce, que nos ha brindado con su mesa, refugio contra la lluvia que cae fuera en molestas ráfagas, viene con unas fotos de su hijo, un chaval de quince

años que ya se ajusta con el becerro con mucho arte. La sobremesa transcurre asimismo entretenida y cordial. La voz cantante la lleva Antoñito Manfredi, el popularísimo sastre de los toreros.

—¿Qué ruta ha seguido el barco?
—La de Trinidad-Canarias.
—¿Cuánto duró el viaje?

—Casi un mes. Hemos tenido buen tiempo gran parte del viaje. A última hora, cerca de Lisboa, tuvimos marejada gorda. En Lisboa desembarqué en la madrugada del viernes. Y crucé la frontera española sobre las diez de la mañana de hoy, sábado.

Hacemos una pausa en el interrogatorio. Arruza bromea con Manfredi.

—¿Cuántos trajes me tienes preparados?

—Cuatro, y dos casi terminados.
Y Antoñito Manfredi va describiendo los colores de los ternos.

—¿Cuánto duró el viaje?
—Casi un mes. Hemos tenido buen tiempo gran parte del viaje. A última hora, cerca de Lisboa, tuvimos marejada gorda. En Lisboa desembarqué en la madrugada del viernes. Y crucé la frontera española sobre las diez de la mañana de hoy, sábado.

... hora de llegada del diestro mejicano, que ha salido de Badajoz después de las once. Hay varias armadas en falso... y al fin, cerca de las seis, llega en su flamante coche-camioneta, Carlos Arruza. El auto —matrícula Méjico 28-67— se detiene a las puertas de la Venta en que nos hallamos. Carlos —que viene conduciendo— es el primero que salta del coche. Trae una gabardina, se toca con una boina vasca y lleva gafas verdes muy grandes. Tras los saludos y presentaciones de rigor, pasamos al interior de la Venta, que tiene, por cierto, nombre mejicano, «Rancho alegre», y comienzan a llover preguntas sobre el diestro mejicano. El periodista queda un poco al margen, porque los amigos de Carlos Arruza, que han venido desde Sevilla, lo acaparan.

—¿Qué tal te fué la temporada?
—Bien... Toreé las cuatro que tenía contratadas en Méjico y diez más en los Estados. Y en cuanto pude me vine para acá...
—De esas catorce corridas, ¿cuál fué la mejor?
—La de Monterrey.
—¿Se cotizan en Méjico, como antes, los triunfos de España?
—Ya lo creo. Yo podía haber sacado más partido a mis actuaciones en España, pero tenía prisa por volver...

—¿Qué día saliste de Méjico?
—El 29 de enero... pero cuando llegamos a Filadelfia nos encontramos que el barco había salido tres días antes... Intenté coger el «Clipper», pero fué imposible. Al fin tuve que decidirme en



En el puente de Triana —al fondo, la Giralda— en un día norteno, el torero mejicano, acompañado de su adorado, Andrés Gago, Raimundo Blanco y nuestro redactor-corresponsal Narbona

Y al llegar a Sevilla, habla para EL RUEDO

"Creo que tengo cerca de ochenta corridas contratadas; sólo pido a Dios que me de suerte"

"Para toda la afición, mi apretado abrazo de saludo"

— Hay un tabaco y oro...
— Pero color tabaco tengo uno casi nuevo...
— Pero éste —corta Manfredi, redondeando el chiste— es tabaco de La Habana...
Reímos. Andrés Gago interviene. Tiene prisa en



En marcha. Carlos Arruza, sentado al volante, tiene un gesto de añoranza, mientras Sevilla va quedando ya atrás...



El último saludo. Nuestro redactor estrecha la mano de Arruza, deseándole un buen viaje... y muchos triunfos.

reanudar la marcha porque quiere llegar a Algeciras lo antes posible.

Hablamos de los toreros españoles en Méjico. Arruza nos cuenta el éxito obtenido por Pepe Luis Vázquez y Antoñito Bienvenida...

—Del triunfo de Bienvenida me enteré cuando ya había salido de Méjico, pero las referencias que tengo son excelentes.

—¿Y de los toreros mejicanos que vienen este año a España?

— Armillita y Silverio Pérez creo que ya han

embarcado. Es probable que vengan otros más.

—¿Cómo ha sido en conjunto la temporada en la capital?

—Ha existido más pasión que en años anteriores. Entre otras cosas porque los precios han aumentado mucho.

Tenemos que hacer otro alto en la conversación. Raimundo Blanco trae a Arruza un saludo del doctor Leal, el médico sevillano que le asistió cuando fué cogido en septiembre del año pasado.

—Traigo un obsequio para él... —dice Arruza—, porque se portó muy bien conmigo... No crea que me olvidé ni mucho menos.

Andrés Gago vuelve dispuesto a llevarse a Carlos y minutos después se organiza la marcha. Con el diestro mejicano van en el coche-canoneta sus banderilleros Cerrillo, Aguilar y Fernando Gago, los picadores Chaves y Almohadilla y el mozo de estoques Vargas. En el puente de Triana hacemos una breve parada para que Luis Arenas tire unas fotos y después volvemos a detenernos ante las puertas de la Maestranza. Arruza nos dice que tiene grandes deseos de presentarse de nuevo ante el público sevillano y...

—Lamento, también, haber llegado tarde para la corrida de Cádiz. No fué culpa mía, porque yo quise estar aquí a primeros de marzo.

—¿Cuántas corridas tienes contratadas?

—Creo que alrededor de ochenta. Además de Sevilla actuaré en Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Albacete...

—La última pregunta. ¿Has dejado firmadas algunas corridas en Méjico para tu vuelta?

—No. Este año, cuando termine la temporada, me quedaré en España.

—Entonces —interviene Antoñito Manfredi, desde dentro del coche— vas a saber tú lo que es ser torero aquí...

Damos por terminada la charla. Carlos Arruza vuelve al volante y el coche arranca.

—Buen viaje y hasta el lunes.

—Si Dios quiere —contesta Carlos, saludando con la mano.

Poco después, el coche se pierde por el paseo de Colón, camino de la carretera de Cádiz.



F. NARBONA



El torero mejicano acaba de llegar a la Pañoleta. Rodeado de un grupo de amigos, recibe las primeras muestras de admiración de los aficionados. (Fots. Arenas.)

MANOLITO PINEDA

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



Un retrato de don Manuel Pineda, de hace diez años

ALLA por el año 1915, Joselito mandaba en el toreo. No me olvido que alternaba con él Juan Belmonte. Pero Juan Belmonte es, a más de un extraordinario torero, un político extraordinario. Joselito era el que hacía y deshacía carteles. Belmonte le dejaba hacer. Ningún perjuicio podía causarle, y en cambio se libraba de los enconos, disgustos y rencillas que todo el que ejerce un mando provoca en los que sufren las consecuencias de lo mandado. Joselito, temperamento enérgico y activo, quería ser el amo en el ruedo y fuera del ruedo. Belmonte, más pasivo y abúlico de carácter, se contentaba con ser el amo en el ruedo. Lo demás, que lo arreglara Joselito, que no lo arreglaría mal del todo.

Desde sus comienzos novilleriles, Joselito nombró su apoderado a Manolito Pineda, hombre ya experto en los negocios taurinos, pues fué apoderado de Antonio Fuentes y otros toreros largos años. Manolito Pineda ya era un hombre en plena madurez cuando se hizo cargo del apoderamiento de José Gómez, Gallito Chico, pero aun se le llamaba Manolito. Esto no falla: cuando alguien conserva el diminutivo en su nombre pasados los treinta, revela dos cosas: la primera, genial, abierto, franco, sencillo, simpático y alegre; la segunda, bondad de alma y seriedad en sus actos. Y éste era Manolito Pineda. Y éste es don Manuel Pineda, ya cargado de años y de achaques.

Don Manuel era algo más que el ejecutor de las órdenes de Joselito; era su consejero, su hombre de confianza, y como tal actuaba en el planeta de los toros. Era, como si dijéramos, el presidente del consejo de ministros del rey del toreo, José. Bueno, pues a pesar de esto, nunca tuvo un enemigo. A la vista tengo unos números de «Palmas y Pitos», semanario taurino de aquella época, órgano furioso del belmontismo más apasionado e intransigente. Su director, don José Casado Pardo («Don Pepe»), no dejaba salir un solo número de su revista sin lanzar tres o cuatro tremendos ataques contra los Gallos. Bastantes veces se pasaba de la raya. Pues bien, jamás tuvo una palabra dura para don Manuel Pineda.

Algunas veces coincidió en una tertulia con don Manuel Pineda, menudito, fino, atildado y pulcro. Es un goro el oírle hablar. Conserva fresca y ágil la memoria. Sabe narrar con gracejo. No habla mal de nadie. No es necesario tirarle de la lengua; en seguida enhebra sus recuerdos, con proflijidad, orden y método. Y las horas se pasan volando, y cuando nos despedimos de don Manuel hemos escuchado unos trozos sabrosos y aleccionadores de la historia íntima y anecdótica de medio siglo de toros.

Algún día osaré trasladaros aquí alguno de estos relatos. Mi propósito de hoy es otro. Quisiera airear el caso ejemplar de don Manuel Pineda. Quisiera llamar sobre él la atención del planeta de los toros. Quisiera decirles a los toreros que apoderados, unos ya retirados, otros en activo, a los ganaderos, a las Empresas, a los apoderados y a los aficionados y taurinos: ¿No os parece oportuno y justo dedicar un homenaje a don Manuel Pineda, superviviente, ya casi ochentón, de una época del toreo cuya intervención en la fiesta, en puesto preeminente siempre, se caracterizó por su probidad, por su estoicismo, por sus desvelos? ¿No sería ésta la ocasión de, unidos todos, demostrar que también en el planeta de los toros este pequeño mundo, tan agitado por las pasiones que la lucha engendra, sabe dejarlas a un lado para honrar la ancianidad digna, modesta y oscura de un hombre que tuvo en sus manos cuantiosos intereses, que manejó vanidades, que derramó favores, que luchó en defensa de caudales ajenos como si propios fueran, sin que esas manos, hoy inválidas, se mancharan con nada que pudiera deshonrarlas? ¿No nos honraríamos todos al honrarle a él? A él, que fué un tiempo, ¡y qué tiempo!, amo del toreo y hoy es sólo amo, de unos años próximos a los ochenta, sin que jamás de su boca, tan expedita en palabras, saliera nunca una demanda, ni menos una súplica.

Estoy seguro que este mi llamamiento no caerá en la indiferencia de los poderosos de hoy. Conozco lo suficiente el planeta de los toros para presumir que tal cosa no ocurrirá. Mi pluma, ¡pobre pluma!, habituada al chirigoteo y a la eutrapelia, se enorgullece hoy de tratar un tema serio y, si me lo permite, trascendente. Juzgo trascendente alegrar los días de un anciano que nació en Sevilla y que, por tanto, posee la elegancia del estoicismo: de un anciano que, recluido en su casa, rumia recuerdos, sin que en su corazón, ya tan cansado, palpite la queja y la amargura. Don Manuel Pineda no ha dejado de ser Manolito Pineda. Ya no es nada, ya no es nadie. ¡Oh, sí, don Manuel, usted es Manolito Pineda, y este nombre aun no se ha olvidado en el planeta de los toros, ya lo verá usted! Ya verá cómo los escritores y los críticos que de toros se ocupan se adhieren a mi llamamiento. Ya verá usted cómo entre todos ese homenaje que usted merece se realizará en la forma que se estime más hacendera, que yo ahora no sé cuál pueda ser, pero que no será algo meramente honorífico y de regodeo, sino algo que compense cumplidamente a don Manuel Pineda de haber sido muchos años Manolito Pineda, mocito sevillano que a la fiesta de toros dedicó su ingenio, su actividad y su honradez.

No se me olvida que en el Sindicato Nacional del Espectáculo está encuadrado el Grupo Taurino. También sé que allí se recogerán estas palabras mías, que no quiero se interpreten como plañideras de una merced, sino reparadoras de un olvido, sugeridoras de alegría para un hombre al que los años han podido abatir energías físicas baldías para el trabajo, pero no el espíritu abierto a la resignación.

Aunque tal vez sea innecesario, he de hacer constar que no he comunicado a don Manuel Pineda mi propósito, que conocerá si lee estas líneas o alguien le da noticia de ellas. Y no lo he hecho, porque quizá entonces no hubieran podido publicarse. Tampoco es iniciativa exclusivamente mía: nació la idea de una conversación con José María de Cossío, Manuel Sánchez del Arco y otros amigos, deseosos de testimoniar al viejo apoderado de Fuentes y Joselito la adhesión de todos los elementos de la fiesta.

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ-PETIT

MARZO

28

MIERCOLES

«Yo soy reondo, como mi apellido», dijo un tanto —mejor dicho, un bastante— ensoberbecido por sus triunfos José Redondo, Chiclanero, aventajado discípulo de Paquirro. Murió hoy, 28 de marzo, hace exactamente noventa y tres años. Su competencia con Curro Cúchares marca un capítulo interesantísimo de la historia del toreo. Este último tenía en Sevilla muchos más partidarios que Redondo, a quien los andaluces recibían con frialdad. Chiclanero se disponía una tarde en la Maestranza a entrar a matar a un toro querenciado: las tablas, cerca del tendido donde se encontraba lo más granado de los cucharistas, a quienes capitaneaba el celebre tío Chanela, que era algo así como hoy el Ronquillo. Chiclanero le vió, y en voz alta le preguntó: «Tío Chanela, ¿cómo se mata este toro?» Aunque el morlaco no tenía

condiciones para ello, el aludido contestó: «¡Recibiendo!» Redondo replicó: «¿Sí?... Pues, ¡vaya por ustedes!» Metió el pie, recibió al toro y lo tumbó de una estocada en lo alto del morrillo. El jaleo que se armó fué regular. Pero no tanto que no se le oyese al Chiclanero decir: «Está usted servido, tío Chanela; y diga usted a sus amigos que aquí se matan los toros a golpe cantao».

Si esto viene a cuento de la fecha en que murió Chiclanero, también así se llamaba un toro que murió, atravesado como mandan los cánones, por la espada diestra de Lagartijo el Magno. El suceso ocurrió el día 29 de marzo de 1883. Fué en este día la única vez que el primero de los toreros califas —en diecinueve años de actuación frecuentísima, ¡frecuentísima!, señor don Manuel Rodríguez— pisó la enfermería. Y, en verdad, ocurrió de chiripa. Porque a Rafael debieron de ser los demonios quienes le llevaron cerca de Piñano —que así se llamaba el primero de lidia— durante el tercio de banderillas, al ver que su hermano Juan pasaba ante el toro y pasaba en falso. Dejó Rafael la franela, corrió impaciente el percal para aplomar al bicho y fué derribado y pezuñado, dejándole Piñano la nariz y la barbilla hechas un verdadero asouito. Pero salió de la enfermería —a ver si aprende Rosalito—, y al cuarto, como antes queda escrito, le propinó la estocada que merece nuestro recuerdo.

Al año y un día, o sea el 30 de marzo de 1834, el toro Ojinegro, de don Félix Gómez, colorado y bien armado de cuerna, saltó la barrera cuando la puerta de caballos de la antigua Plaza estaba abierta; entró en el patio, calmó su sed en el pilón y volvió al ruedo, consciente, por instinto del fin para que fué creado. Resultó muy bravo. Pero los sustos que por oración fueron de aupa. Tanto, que una aguadora se fué derecha a la cama y murió la pobre a los pocos días.

También el 31 de marzo de 1925 murió el que fué gran torero José Sánchez del Campo, por alias Cara-Ancha. Hablaremos de él más adelante. Pero consignemos aquí, a la vista de las fotografías de su última época como torero, que también pudo llamarse Corpachón. Era algo así como Michellín vestido de luces.

Pasemos ahora al mes de abril y recordemos a Morenito, de quien en el «Toreo Cómico» se dijo: «Este muchacho, moreno —de rostro y de sangre ardiente— es peón inteligente —y banderillero bueno.» En pocas palabras: ni en verso ni en prosa hay quien lo mejore. «Antoñito tras el cartel», que también así le llamaron, no sabemos por qué, murió en 10 de abril de 1893, a consecuencia de una cornada sufrida diez días antes, y según se comprobó después, mortal de necesidad.

Aunque queda poco espacio, forzoso es escribir que el día 2 de abril de 1882 apareció al público aquella que fué gran revista de Toros y que llevó por título «La Lidia». Una colección completa vale hoy el precio que por ella quiera pedirse.

Desde su muerte —como la de un «fenómeno» de la tauromaquia— no ha tenido descendiente digno de mención hasta EL RUEDO. Estamos seguros, guiándonos por el favor del público, de que también, andando los años, las colecciones completas de nuestra querida revista harán por sí ricos a los coleccionistas que las posean. (De nada, don Manuel Fernández Cuesta. No es anuncio, ni coba; es justicia.)

3 de abril de 1880. ¿Saben los granadinos que en este día se inauguró la segunda de sus Plazas de Toros?

Nosotros sabemos —por que sabemos leer— que el cartel se hizo a base de Lagartijo, Frascuelo y Cara-Ancha. Lo mejor de lo mejor. Exactamente igual que el cartel de inauguración de temporada este año en la Plaza de las Ventas... ¿No es cierto?

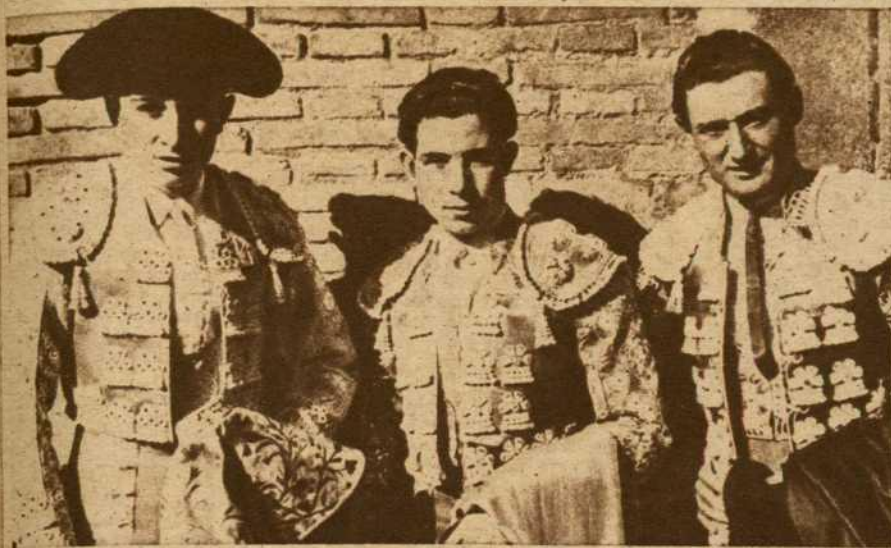
ABRIL

3

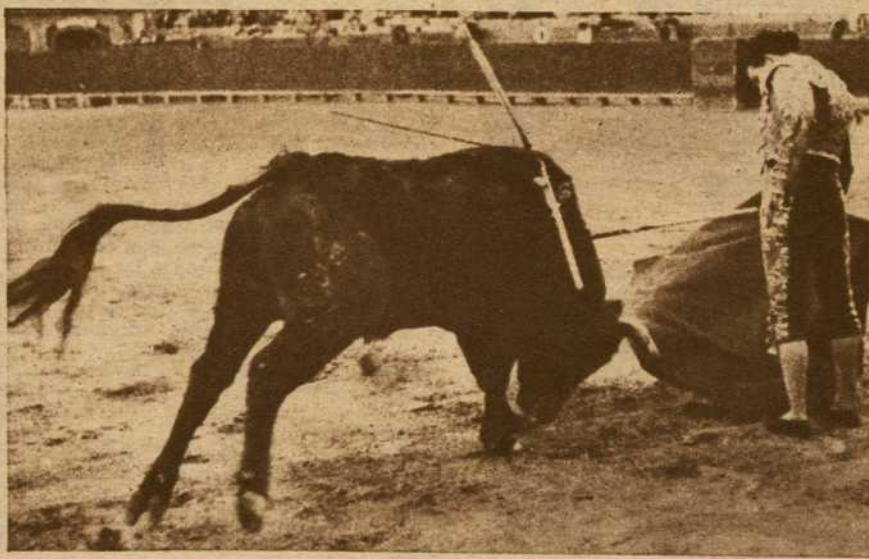
MARTES

CARTEL DE VALENCIA

Tres novillos de Martín Alonso y tres de Vicente Martínez para **LUIS REDONDO, PAQUITO PERIS y NIÑO DE LA PALMA**



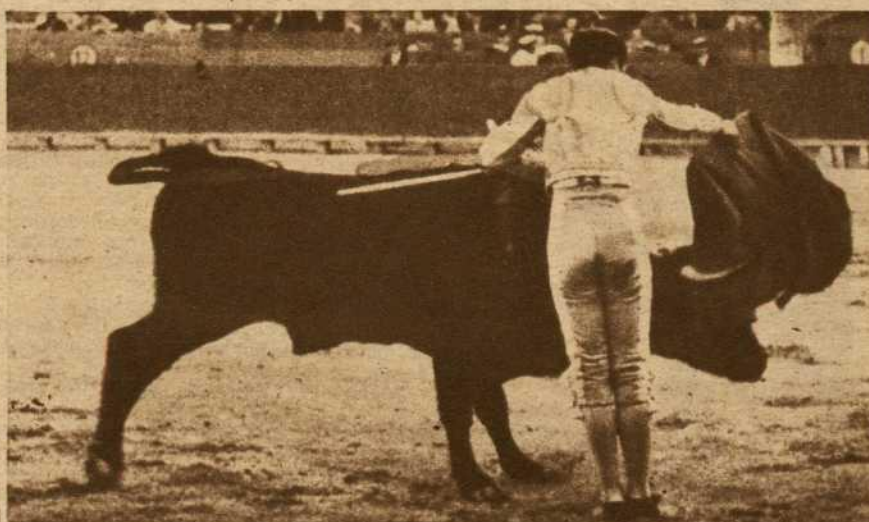
Los tres matadores, Paquito Peris, Luis Redondo y Niño de la Palma, momentos antes de hacer el paseillo



Un mateteazo de Luis Redondo en su primer novillo y del que cortó la oreja



Paquito Peris iniciando un pase con la rodilla en tierra



Un pase por alto del Niño de la Palma (hijo)



Niño de la Palma, que fué cogido al salir de un quite en su segundo toro, es conducido a la enfermería por las asistencias de la Plaza



Laguna, que fué el mozo de estoque del Niño de la Palma, y que ahora va con el hijo de Cayetano Ordóñez, arrojándole la calzona

MAL ha empezado la temporada novilleril en Valencia. Y el numeroso público que acudió a presenciar la primera novillada en el coso valenciano, saltó defraudado y aburrido de un festejo taurino que no tuvo mayores brillantes.

Tres toros de Martín Alonso y tres de Vicente Martínez, que carecieron de casta, y que en la lidia resultaron reservones y mansos.

Con este ganado, los tres diestros, Paquito Peris, Luis Redondo y Niño de la Palma (hijo), tenían en esta tarde el triunfo, encelado en las pésimas condiciones de las reses.

Que la empresa pusiera su mejor voluntad y la ocasión, no puede llevarnos a la crítica, porque si ninguno de los tres matadores alcanzó el triunfo de clamor..., tampoco podían alcanzarlo, porque los tres toros de Martín Alonso y los tres de Vicente Martínez les cortaron al vuelo a sus mejores deseos.

Los tres diestros estuvieron voluntariosos, y Luis Redondo, en su primer toro, cortó la oreja, después de una faena valiente. Niño de la Palma (hijo), fué cogido en su segundo, sin mayores consecuencias que el golpe. Paquito Peris, despachó sus dos novillos, poniendo en la prueba su mejor voluntad.

La primera novillada de Valencia poco dió de sí



Luis Redondo dando la vuelta al ruedo con la oreja que cortó a su primer toro (Foto Vidal)

LA ROPA DE TOREAR

Doña Enriqueta Marcén lleva cuarenta años confeccionando trajes de luces



Doña Enriqueta Marcén lleva la dirección en todos los trabajos



Capotes, chaquetillas y otras prendas, manejadas por las finas manos de las oficiales



La hija de doña Enriqueta da los últimos toques a una chaquetilla

EN esta madrileña calle del Ave María, por la que transcurre la gracia y el donaire del mejor estilo popular, tiene su taller de confección de ropa de torear esta señora, doña Enriqueta Marcén, a quien llaman "la madre de los toreros", porque las relaciones entre ella y las figuras de la tauromaquia van mucho más allá de lo comercial, para adentrarse por cariños y ternuras de verdadero afecto. Todos los profesionales del toreo quieren a doña Enriqueta Marcén, y es fama que esta mujer, de cuyas manos han salido trajes para todas las grandes y pequeñas figuras taurinas, trae la buena suerte, pues nunca se ha dado el caso de que un diestro vestido con un traje de esos que tan primorosamente hace doña Enriqueta haya sufrido un percance serio en su profesión.

Y eso que doña Enriqueta lleva ya mucho tiempo en estos trabajos pacíficos, en los que los bordados van surgiendo lentamente, hasta completar esa maravilla artística que es un traje de luces.

—¿Desde cuándo es usted la maestra de este taller?

—Pues ahora ha hecho cuarenta años. Yo me establecí aquí, en este mismo piso, del que no me iré por nada del mundo, en 1905. Antes había sido oficiala con el famoso Uriarte, que es, creo yo, el mejor sastre de toreros que ha habido.

—¿Y recuerda a qué matador le hizo usted su primer traje?

—Ya lo creo: a Antonio Montes. ¡Y que no estaba majo con él! También le hice muchos a mi marido.

—¡Ah!, pero su marido, ¿era torero?

—Me mira un poco extrañada de la pregunta.

—Naturalmente, hombre. Pero, ¿usted no sabe que mi esposo era el banderillero Jaqueta, que en gloria esté? Con él fui a Méjico, y estuve allí tres años. Hice trajes para todos los diestros mejicanos, entre ellos a Gaona, a Luis Freg, a Juan Silveti, a Rodarte y a Vicente Segura, que era un señorito millonario, como usted sabrá, seguramente. Esto fué, si no recuerdo mal, en los años 11, 12 y 13. Después nos vinimos a España, y puede decirse que todos los toreros, lo mismo españoles que mejicanos, han desfilado por esta casa, donde tanto se les quiere, a pesar de lo que me hacen sufrir estos chicos.

—¿Sufrir, por qué, doña Enriqueta?

—Un traje, a conciencia, no se lleva menos de un mes para en la plaza, paso por verdaderos momentos de angustia ante el temor de que los pueda coger el toro.

—¿Cuánto se tarda en hacer un traje de torero bien hecho?

—Un traje, a conciencia, no se lleva menos de un mes para hacerlo bien, y trabajando en él seis personas. Claro que se puede hacer en menos; pero el plazo que le digo es el que se necesita para que quede terminado a gusto.

—¿Y son muy caros?

—Uno de oro no se puede hacer por menos de cinco mil

pesetas, y uno de plata, por menos de cuatro mil. Los bordados en blanco y negro, que son más baratos, vienen a costar unas dos mil quinientas pesetas.

—Y ¿a qué atribuye usted esa buena suerte que dicen llevan consigo sus trajes?

—A la Santísima Virgen. Todos los trajes que yo hago los doy con una reliquia, y los capotes de paseo, antes de entregarlos, los bendigo en la iglesia de la Paloma. Mire usted, a Carnicerito de Málaga lo cogió el toro una vez en la que llevaba un traje salido de este taller. El público se creyó que había recibido una cornada de miedo; pero la punta del cuerno resbaló sobre la medalla de la Virgen que le había prendido yo en el forro de la chaqueta, y gracias a eso salvó la vida.

—Hábleme usted ahora de los toreros como clientes. ¿Son buenos pagadores?

—Sí, sí; los toreros son gente muy seria y formal, y si alguno se va sin abonarme la cuenta, es por olvido, que se apresura a corregir en la primera ocasión. Un poco antes de la guerra nuestra le llevé a un diestro mejicano dos trajes que me había encargado; los metió en la maleta, porque aquel mismo día iba a emprender el regreso a su país. Con los preparativos del viaje y las prisas se le olvidó, sin duda, abonarme la factura; pero ya verá usted cómo ahora que va a venir a España lo primero que hace es venir a saludarme... y a liquidarme. Sí, sí; son todos muy serios y muy buenos muchachos.

—Dentro de su profesión de vestir a los toreros, ¿tiene usted alguna especialidad?

Doña Enriqueta nos dice que no; pero Pepe Iglesias, el gran banderillero, a quien la maestra está probando mientras contesta a nuestras preguntas, nos dice que sí, que la especialidad de doña Enriqueta son los capotes de paseo con imágenes bordadas. Y ella nos dice:

—¡Ah, bueno! Pero eso lo sabe todo el mundo. He hecho capotes de éstos para Manolo Escudero, para Morenito de Talavera, para Pedro Barrera, para Manolita... y para los toreros de antes también los hacía. Y ahora que hablamos de capotes, uno que le hice a Juan Silveti está expuesto en el Museo Metropolitano de Nueva York. Se trata de un capote hecho a capricho del diestro, en el que el motivo principal es una moneda azteca en oro, sobre un fondo verde, y todos los detalles que lleva a los lados son mejicanos. Silveti lo regaló o lo vendió al citado Museo Metropolitano de Nueva York, donde obtuvo un premio, y en el que sigue expuesto a la admiración de los visitantes.

Ahora, doña Enriqueta Marcén, esta artista, cuyas manos sabias bordan primorosamente sobre el bastidor, se dirige a su cortador, José Muñoz, para preguntarle si está ya listo el traje con el que tomará la alternativa Aguado de Castro...

—Está Aguadito va a dar mucho que hablar... Es un torero muy cabal.

JULIO MARTORELL

Un capote de paseo, especialidad de la casa, a punto de ser terminado, recibe de las manos expertas de la oficiala las últimas puntadas



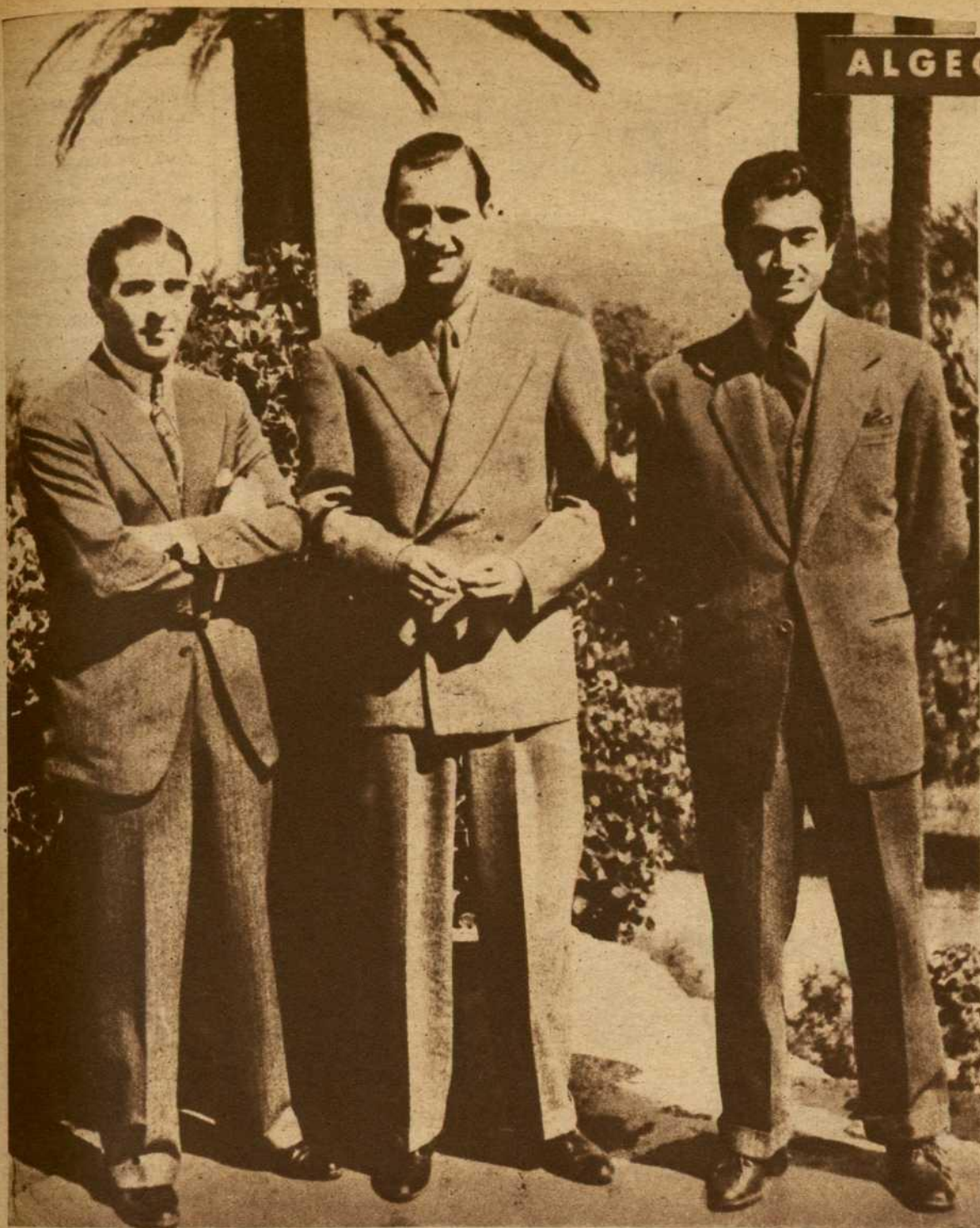
Sobre el bastidor, las flores que luego adornarán el capotillo de paseo se van perfilando pacientemente merced a la gracia primorosa de unas hábiles manos (Fots. Manzano.)



ALGECIRAS, EL DOMINGO

NO HAY CORRIDA

POR EL MAL TIEMPO



El cartel que componía la primera corrida que tureaba el popular mejicano Arruza a su regreso a España. Pepe Bienvenida y Rafael Albaicín, vistos el domingo en Algeciras.



Arruza, con sus dos compañeros de corrida, el domingo en Algeciras, a la llegada de aquí.



No hay corrida por el mal tiempo. Albaicín entretiene la tarde dando un concierto de piano.



Bienvenida, Arruza y Albaicín con el empresario de la Plaza algecireña, señor Jiménez Muro.



Carlos Arruza posa para EL RUI-DO desde Algeciras.

CARLOS ARRUZA, PEPE BIENVENIDA Y RAFAEL ALBAICIN, después de la suspensión del festejo taurino

(Reportaje gráfico de Mari)



Los tres matadores en la terraza del hotel después de la suspensión.



Carlos Arruza y Pepe Bienvenida charlando en el Hotel de Algeciras.



réis inmediatamente invadidos por el teatro extranjero, por el vodevil, las frases de doble sentido, las insultos y las obscenidades."

El domingo, 1 de abril, quedará abierta la interrogante sobre los cosos taurinos españoles. Continúa siendo el Domingo de Pascua el día tradicional en que se inaugura la temporada de toros, pese a que ya se han verificado algunas corridas en provincias.

Se echa de menos el clásico abono, que daba comienzo al siguiente día de la corrida de inauguración, y que se había hecho familiar con la denominación de la "primera de abono".

Siempre toreaban la corrida inaugural espadas de segunda fila. En cambio, en las de abono figuraba la flor y nata de la torería, porque ello constituía para los lidiadores un alto honor, la mejor distinción profesional. ¡Y pobre de aquel diestro que no toreaba el abono madrileño!

Pocos días faltan para que volvamos a vivir la estampa de mandlería, con el desbordamiento de alegría de la calle de Alcalá, que es donde en realidad empieza la corrida. Las floristas serán las mismas de todos los años, con sus eternas picardías en los ojos de azabache y las canastillas rebosantes de violetas. Y los ciegos, que van y

vienen con los lamentos de sus violines rajados. Y todas las gentes del Tauro, trepando como chimpancés por el exterior de los tranvías, con un enorme puro entre los dientes. Y el cielo, azul y brillante, como antes, como siempre...

El domingo hay toros en la Monumental de Madrid. La multitud arde en deseos de que llegue ese día. Y parece como si tuviera prisa por olvidar, por entrar pronto en la Plaza, paleta maravillosa. Allí están todos los colores, la despreocupación, la alegría sana y ruidosa. Algo así como si no pasara nada en el mundo.

EL LUNES, LA PRIMERA DE ABONO...

ANTE LA CORRIDA DE INAUGURACION

Por AGUSTIN ALVAREZ TORAL

PRONTO veremos otra vez reverberar la madrileña calle de Alcalá. Hace días, la hojita del almanaque nos anunciaba la llegada de la rubia señorita Primavera, y que Eolo tiene los carrillos hinchados, como disponiéndose a soplar fuerte sobre el ancho redondel de la Plaza de las Ventas.

No era menester que el calendario nos dijera que había llegado el 21 de marzo, porque las románticas acacias de la calle de Alcalá se obstinan en llevarle las cuentas al tiempo y ya exhalaban un inconfundible olor a primavera.

El próximo domingo se inaugurará oficialmente la temporada taurina. Aunque no oiremos, en la orgía de luz maga y de jarana de la tarde torera, los cascabeles de las colleras, ni los chasquidos de las fustas de los aurigas, sí flotará en el aura popular el gracioso pregón de "¡Plaza, eh! ¡A la Plaza!", que trae al recuerdo la gloria y la tragedia de la torería bizarra y romanesca de antaño.

Y ya nos hemos metido de lleno en la vieja lámina oriflamada, en esa escenografía maravillosa que se repite incansablemente, como rindiendo culto a un rito sagrado, todos los años y todos los días de corrida.

El grabado que contemplamos recoge la gracia señorial y la gachonería garbosa de la época; el sabor zarzuelero y el alegre bullicio del Madrid recogido del novecientos, entre un verdadero enjambre de chisterones y blusas de menestrales.

La estampa nos dice que a principios de siglo, aun

cuando Madrid era pequeño, menos estrepitoso y epléptico, las gentes corrían el gravísimo riesgo de morir atropelladas.

Detrás de la cúpula de Calatravas está el Fornos, con su cuarto de siglo de vida y de truculenta historia. Entre el palacio de Buenavista y el Banco de España se yergue la diosa Cibele sobre un carruaje arcaico, arrastrado por feroces leones, cual manola que va a los toros. Tranvías de mulas, carretelas tiradas por seis y ocho mulas fenomenales, manueles, la jardinerías con toreros relumbrantes de oros de cairel, entre los que queremos identificar a Mazzantini, al Bomba o a Fuentes, y un picador con tufos, uno de aquellos varilargueros que se pasaban la mitad de la temporada en la clínica de Decreff, sufriendo la tortura de los aparatos de quinesiterapia...

*Ya la gente a prisa va,
como un inmenso hormiguero,
con semblante placentero,
por la calle de Alcalá*

*¡Los toros! Quien nos los quite,
ni es español ni es patriota...*

Un extranjero —Edward Quinet— tuvo que hacer la mejor defensa de la congijosa y deslumbrante fiesta hispana: "Suprimid las corridas de toros y os senti-



MADRID

DE cuantas Cofradías madrileñas se han creado en estos últimos años ninguna ha despertado tanto interés popular como la de los toreros.

Estos hombres, habituados a ver de cerca la muerte, quisieron poner sus humanos dolores en servicio fervoroso al Divino Dolor.

Los doctores Crespo fueron los generosos donantes de la bellísima imagen del Cristo de la Misericordia, obra perfecta surgida de la gubia de Urosqui.

Un religioso ejemplar —el franciscano Padre Sixto— redactó los estatutos de la Cofradía. Pronto empezaron a surgir las altas de los primeros cofrades, y ya en la Semana Santa de 1942 salió a la calle, casi sin organizar, la neófita Cofradía madrileña.

Y desde entonces todos los años hace su recorrido el Cristo de los toreros a esa hora en que la luz de la luna parece estar sincronizada con la actitud exangüe y la cerante del Crucificado y el continente silencioso y conmovedor de los hermanos de la Cofradía.

Una escuadra de trompetas y tambores rompe la marcha. Llegan después en largas filas los congregantes uniformados con túnicas y capuchones negros, su otro atributo especial que una cruz di-

fuminada sobre la capucha. Viene luego el paso sobre una carroza, y dirigiendo su conducción va el vicepresidente de la Cofradía, el diestro Antonio García, Maravilla. A continuación forma la Junta directiva, presidida por el hermano mayor, general Rodrigo, acompañado del presidente, Domingo Ortega; el tesorero, Luis Gómez, el Estudiante, y por los vocales Valencia III, Curro Caro, comandante García de la Vega y los actores Casal, Nieto y Tordesillas. Cierra el cortejo una banda militar.

Pero cuando la Cofradía despliega su mayor actividad es el día de Miércoles Santo. En una de las dependencias de la iglesia de Jesús de Medinaceli, sede de la Congregación, reina febril actividad. Allí puede verse al diestro de primera fila junto al modesto subalterno, al ganadero de campanillas al lado del humilde mozo de espadas, afanados todos en ultimar el montaje y exorno del «paso».

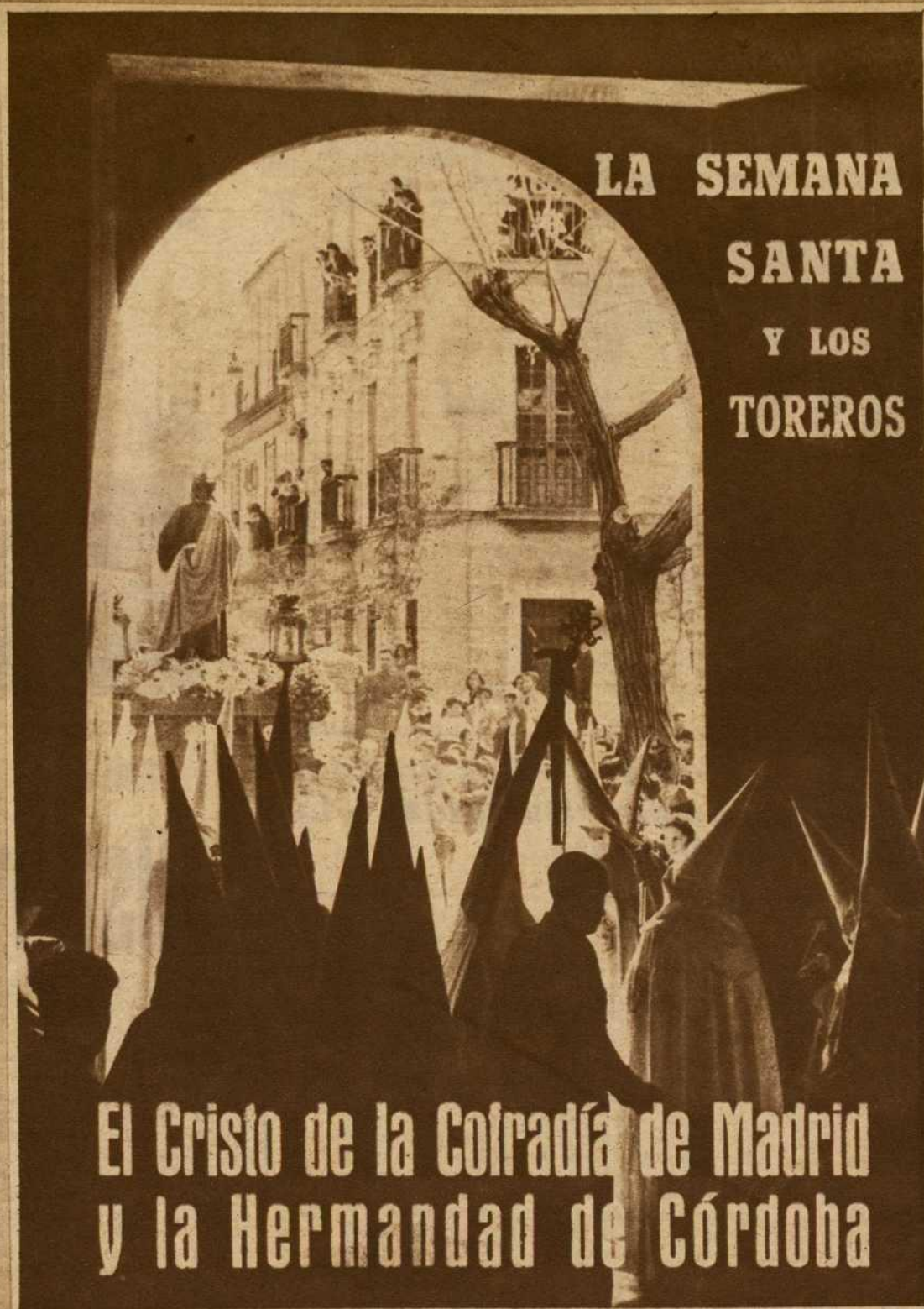
Se ocupan unos en montar la Sagrada imagen sobre la carroza. Otros ensayan el alumbrado, casi siempre arrancado del mejor equipo de faros del automóvil de algún afiliado. Otros se dan maña en la colocación de las flores y guirnalda, mientras nunca faltan hombres curtidos por cien peligros musitando de rodillas una encendida oración.

No menos de cinco mil duros invirtió la Cofradía el año pasado entre gastos de salida y vestuario. Los socios inscritos hasta la fecha ascienden a 364, de los que doscientos poseen ya su uniforme.

No terminan en el culto al Santo Cristo y en su desfile procesional las iniciativas de esta Cofradía, pues sustentando que el sentimiento cristiano no es verdadero si no va acompañado de obras, ahora se disponen a la creación de un ropero infantil en donde el mayor número posible de niños necesitados encuentre ropas y calzado. Y ¿de dónde saldrá para todo eso?, se me ocurrió preguntarle a Maravilla.

—De donde sale siempre el dinero —me respondió— cuando son toreros los encargados de recaudarlo. De un festival taurino en el que intervendrán las primeras figuras del toreo y que queremos tenga el carácter de anual.

F. M.



LA SEMANA SANTA Y LOS TOREROS

El Cristo de la Cofradía de Madrid y la Hermandad de Córdoba

CÓRDOBA

UNA de las más antiguas Cofradías cordobesas es la de Nuestro Padre Jesús Caído y Nuestra Señora del Mayor Dolor en su Soledad, erigida canónicamente en el convento de San Cayetano, perteneciente a la parroquial de Santa Marina de Aguas Santas, donde, como es sabido, se bautizaron los más famosos diestros nacidos en el típico y popular barrio de la Merced, desde Panchón a Guerrita y desde Rafael Guerra hasta casi nuestros días, porque el Manolete de hoy recibió las aguas del Jordán en otra parroquial no muy distante: la de San Miguel.

Esta vieja Cofradía cordobesa —su fundación arranca de mediados del siglo XVII— es conocida vulgarmente por la denominación de la Hermandad de los Toreros, debido a que a ella pertenecieron todos los individuos del barrio que peinaban coleta y muchos matarifes —del célebre Matadero Viejo. Y principalmente porque el cargo de hermano mayor ha recaído en varias ocasiones en figuras máximas de la torería de diferentes épocas.

El primero que ostentó tal cargo fue el malogrado José Rodríguez y Rodríguez, Pepete I, —tío-abuelo del Manolete actual—, que murió en la Plaza de Madrid, víctima del miureño Jocinero, en la tarde del 20 de abril de 1862.

Pero cuando mayor auge y esplendor alcanzó la Cofradía fué

durante el mandato del Califa Rafael Molina, Lagartijo, cuya elección para el cargo de hermano mayor se celebró —según consta en el libro de actas de la Hermandad, existente en el convento de Carmelitas Descalzas— el 15 de febrero de 1880. Lagartijo sustituyó en el cargo al fallecido don Manuel Taguas.

La esplendidez y el rumbo que caracterizaron a Lagartijo bien pronto se reflejaron en la Cofradía, en notables reformas. Era el Califa gran devoto de la imagen de Jesús Caído. A ésta se encomendó en ocasión de una muy grave cogida en 1884. Y una vez curado, mandó construir en Barcelona una rica túnica de terciopelo bordada en oro, que vino luciendo el Nazareno en la procesión del Jueves Santo, cuando bajo la presidencia del famoso torero recorría las calles de Santa Marina, entre fervorosos rezos y sentidas saetas. Los bordados de aquella túnica regalo de Lagartijo aun los luce hoy el Señor Caído sobrepuestos sobre un nuevo terciopelo.

Continuando la tradición de la Cofradía —a la que después de muerto Rafael Molina, el 1 de agosto de 1900, siguieron perteneciendo la mayor parte de los lidiadores cordobeses—, en junta celebrada el 10 de diciembre de 1937 se acordó nombrar para el cargo de hermano mayor al famoso espada Manuel Rodríguez, Manolete. Con suma complacencia acogió éste la designación. Y el 26 de octubre de 1941 organizó en la Plaza de Toros de Córdoba un gran festival a beneficio de la Cofradía, en el que intervinieron, lidiando reses de Calderón (Veragua), el propio Manolete y Marcial Lalanda, Gitanillo de Triana, Pepe Luis Vázquez, Paquito Casado y el novillero Roldán.

El buen ingreso obtenido en este festejo se invirtió en varias reformas notables de la Cofradía, a la que Manuel Rodríguez sigue profesando entusiasta devoción, aunque por motivo de sus constantes azares profesionales haya tenido que ceder el cargo de hermano mayor efectivo, sin perjuicio de seguir ostentándolo de forma honoraria.

Que la protección de Nuestro Padre Jesús Caído y Nuestra Señora del Mayor Dolor en su Soledad, las dos imágenes veneradas por la Hermandad de Toreros, no falte en ningún momento al que hoy representa en la fiesta de los toros al Califato taurino del que Córdoba fué cuna.

J. L. de C.



Vicente Pastor, en la Plaza de Madrid, recogiendo al toro con el estilo de su época

El toro «Carbonero». - Los «Istas». - Los grandes estoqueadores. - Pastor, según «Dulzuras». - La modestia de Vicente



Vicente Pastor, en la actualidad

CAP. XIX

La oreja que del toro Carbonero se otorgó a Vicente Pastor fué la segunda en ser concedida en la Plaza madrileña.

Cortó el primer apéndice auricular corchudo en aquel caso, como ya se ha dicho muchas veces, José Lara, Chicorro, por la lidia realizada con el toro de

Laffite Medias Negras, el 29 de octubre de 1876. Y decimos que esta oreja a Pastor fué la segunda en aquel concepto, porque la que se pidió y concedió a Leandro Sánchez, Cacheta, el 12 de mayo de 1898, después de matar un novillo de don Faustino Udaeta, rejoneado por el caballero don Antonio Fernández de Heredia, más tarde éste crítico taurino popularizando el pseudónimo de «H», tuvo un carácter humorístico, pues la faena ejecutada por el agraciado, con la eficaz ayuda de Guerrita, no tuvo relieve para tal distinción.

Celebróse en esta fecha última la famosa corrida patriótica, y en ella actuaron nada menos que Mazzantini, Valentín Martín, Guerrita, Torerito, Lagartijillo, Minuto, Reverte, Antonio Fuentes, Emilio Torres, Bombita, y Vilita, siendo asesorada la fiesta por el gran califa del toro, Rafael Molina, Lagartijillo, toreros que ni antes ni después llegaron a disfrutar, y no por falta de merecimientos, de un honor de aquella especie.

Rota ya desde la tarde del 2 de octubre de 1910 la costumbre de no concederse orejas a los toreros en el madrileño palenque, los «pastoristas» estaban radiantes de júbilo con el triunfo de su ídolo, y los amigos de éste, satisfechísimos, lamentando con sentimiento la muerte del apoderado de Vicente, don Francisco Fernández, acacida en un sanatorio un mes antes, porque éste no pudo llegar a ver la gesta coetada de su representado.

No se dejó, sin embargo, Pastor arrastrar por aquellos entusiasmos, y buena prueba de

ello fueron las palabras atribuidas a él al comentarse por sus admiradores el volumen de la ovación que el público le dispensó en la inolvidable tarde.

—[La mitad de aquella ovación le correspondió al toro!—dijo modestamente el diestro de la calle de Embajadores.

Terminó el año 1910 Vicente, en el que toreó treinta y seis corridas, matando ochenta y seis reses, actuando en siete espectáculos más. El 9 de octubre volvió a Madrid con Machaquito y El Gallo, estoqueando un toro de V. Martínez y otro de Benjumea, estando muy bien, siendo ovacionado.

En Zaragoza, corridas de la feria del Pilar, mató reses de Laffite y Miura el 13 y 14, acompañándole en la primera fiesta El Gallo y Cocherito, y en la segunda, aquél y Joaquín Calero; Calerito, a quien dió la alternativa.

No estuvo bien en Guadalajara el día 15, en los dos cornudos de Bañuelos, porque no se prestaron a grandes lucimientos. Alternó con Regaterín y Gordito, y herido en su amor propio por algunos «bocinazos» que le dieron varios partidarios del primero de los citados espadas, se arrojó temerariamente ante el quinto bicho, ejecutando con el capote un quebró que puso en pie a los espectadores, tributándole éstos la ovación más fuerte de la tarde.

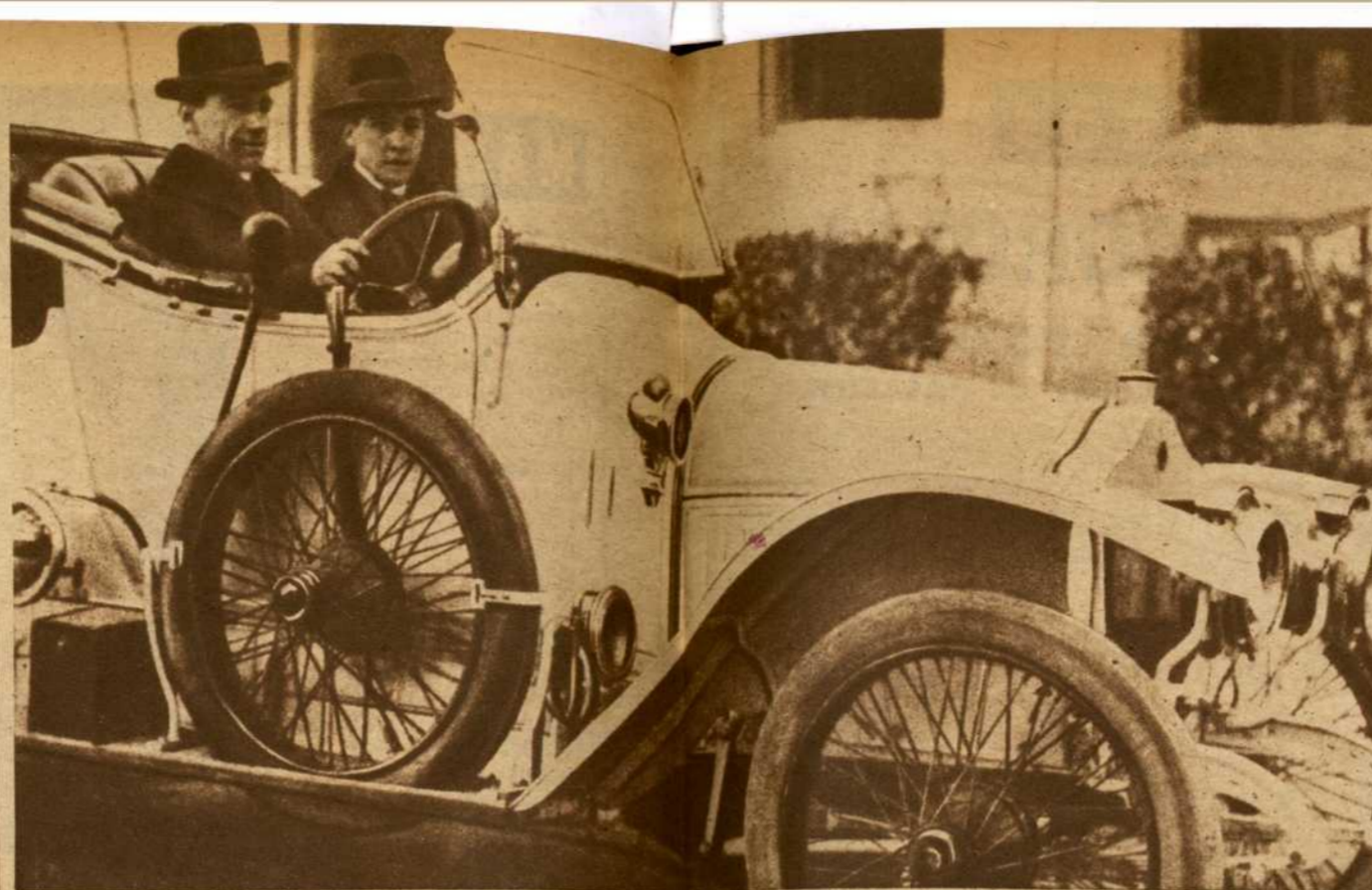
Regresó al siguiente día a Zaragoza para torear con Rafael, el Gallo, Cocherito y Calerito. Mató un toro de Zalzuendo y otro de Villalón, estando en ambos regular.

Un gran triunfo obtuvo en Granada el 23, toreando y matando tres cornugetas de Dionisio Peláez. Manolete le acompañó en esta corrida, y el 25 toreó la última de aquel año, en Valencia, con Regaterín y Gordito, siendo ovacionadísimo en los Veraguas que estoqueó.

Llegó el invierno, y en los medios taurinos, «bombistas», «machaquistas» y «gallistas» comentaban aún la concesión a Vicente de la oreja de Carbonero, y cada uno de aquellos «istas», tan necesarios en nuestro incomparable espectáculo, arrimaban el ascua a su sardina, deseando impacientes la llegada del próximo año, en espera de que sus respectivos toreros disfrutasen de igual honor.

Vicente Pastor, en el año 1911, fué el que ajustó mayor número de corridas de los cuarenta y siete matadores de toros entonces en activo.

Llegó, ¡al fin!, a la suspirada categoría en



Pastor conduciendo el «último modelo» de su tiempo. Junto al popular matador de toros madrileño, Antonio Boto, Regaterín

Historia taurina de Vicente Pastor

aquellos tiempos, de ser torero de sesenta corridas, cobrándolas a seis mil pesetas, cantidad a la que llegó porque con Indalecio Mosquera, de quinientas en quinientas, visto el comportamiento del diestro, le colocó en ellas.

Como Vicente, en la temporada anterior, fué también el que mayores éxitos tuvo, las Empresas le solicitaron con preferencia a los demás toreros.

El diestro madrileño, pasadas las fatigas y las amarguras de su primera etapa como matador de toros, había llegado por el esfuerzo de su voluntad a colocarse en un lugar preeminente.

Y a pesar de que mucho le censuraban el salto que en algunas ocasiones daba cuando entraba a matar, su nombre figuraba ya entre los mejores estoqueadores de todas las épocas, cada uno de los que tuvo su estilo en la ejecución del volapié.

Frasuelo dió estocadas enormes, pero se le censuraba, y era verdad, que siempre salía por la cara sin hacerlo por los costillares. Los toros salían muertos de sus manos y no había más remedio que aplaudirle.

Mazzantini, el justamente llamado rey del volapié, al que desde un principio se le reconoció el mérito de entrar derecho y coger los altos, arrancaba a matar des-



de algo lejos y en algunas ocasiones con excesiva rapidez.

Grandes estocadas dió Reverte, emocionando a los públicos; pero aquella manera de ganar la cara con un ligero arqueo del brazo, no era elástico puro.

Guerrita, como matador, fué el más hábil y tuvo su balanceo, del que no se despojó.

Las estocadas de Machaquito eran altas y derechas y casi todas entrando con un paso atrás, del que no se desprendía.

Ninguno de los citados matadores, al ejecutar el volapié, se parecía el uno al otro.

Todos tenían su estilo propio, y Vicente poseía el suyo.

Un crítico tan competente como «Dulzuras» decía a este respecto: «El espada madrileño no es nervioso; tiene una calma y una tranquilidad incomparables; no se desespera si un toro, por echar la cara por el suelo o desparramar la vista, tarda en juntar las manos. Con absoluta sangre fría espera a que llegue el momento en que la res cuadre; se coloca a regular distancia, más veces corto que largo; adelanta el brazo de la muleta, y en aquella posición espera a que el toro tenga la vista fija en el engaño. Si esto tarda un rato en llegar, ese rato le veréis tranquilo y quieta, sin apar-



Vicente Pastor, en un pase de muleta, dobiando al toro, en una de las corridas de Beneficencia en el ruedo madrileño

Torero de sesenta corridas y seis mil pesetas. En la feria de Sevilla. - Machaquistas y pastoristas

tar la vista de la del toro hasta que éste mira a la muleta. Cuando esto llega, se deja caer rápidamente, y de cada veinte veces que clava el estoque, dieciocho es recto y en sitio que mata instantáneamente. Si algún defecto tienen sus estocadas, es que pecan de traseras más que de delanteras, pero matan en el acto y el efecto es agradabilísimo para el espectador, que se levanta del asiento y bate las palmas entusiasmado.

Después de esta ligera disquisición sobre la forma de matar de los toreros antes expresados, vamos a entrar de lleno en la temporada que hizo Vicente en 1911.

La empezó toreando Miuras en Castellón con El Gallo e Isidoro Martí Flores, el día 25 de marzo, estando bien.

El 2 de abril, y antes de que se inaugurara la temporada por la Empresa Mosquera, la Asociación de la Prensa celebró su corrida beneficio y en ella actuaron Machaco, Pastor, El Gallo y Regaterín. Pastor mató un toro de Benjumea y otro de Pablo Romero, siendo aplaudido.

Dos corridas más toreó a continuación ante sus paisanos. En Pascua de Resurrección, el 16, y en la primera de abono celebrada al siguiente día. En aquella, él, Regaterín y Manolete estoquearon reses de Olea, con las que Pastor no estuvo bien, y en la segunda, con Machaquito y Gaona, despachó Santacolomas, volviendo por sus fueros en su primer toro, al que dió un gran volapié, siendo ovacionado, con vuelta al ruedo, portándose regularmente con el que cerró plaza, por lo que escuchó manifestaciones de desagrado.

Después de estas tres actuaciones en la Plaza madrileña, toreó en las famosas corridas de la feria sevillana, celebradas en la Plaza de la Real Maestranza, cuyo albero no había vuelto a pisar desde su primera época de novillero.

Celebráronse aquellas corridas el 18, 19 y 20 de abril, no quedando descontentos los sevillanos con su trabajo. En la primera alternó, como en las restantes, con Ricardo Bombita y El Gallo, enviando al desolladero cornudos

de Anastasio Martín, siendo ovacionado y aplaudido, respectivamente.

De Concha y Sierra fueron los toros del segundo día. Bien toreando, no tuvo suerte con el estoque, pues aplaudido en su primer enemigo, escuchó un aviso en el quinto astado.

Miuras estoquearon los citados espadas en el tercer espectáculo.

Un gran volapié propinó al segundo toro, remato de una gran faena, escuchando una gran ovación. En el lidiado en lugar quinto estuvo breve.

Machaquito, Vicente y Gaona torearon en Madrid el día 23 seis toros de don Esteban Hernández, y el mejicano estuvo en conjunto mejor que el cordobés y el madrileño.

No tuvo Pastor suerte en esta fiesta. Sus faenas fueron laboriosas, pero con el estoque no estuvo bien, recibiendo un aviso.

Como Machaco estuvo también deficiente en un toro, los pulmones de los «machaquistas» y de los «pastoristas» trabajaron más de lo debido en tal tarde, pues unos silbaron estrepitosamente a Rafael y otros a Vicente, saliendo éste de la Plaza malhumorado y con una cara como para no pedirle un favor.

El resultado de esta corrida fué un motivo más para que los partidarios de ambos toreros se excediesen en sus polémicas, llegando a algunos a las manos, con la intervención del Juzgado Municipal en el correspondiente juicio de faltas.

El resultado de esta corrida fué un motivo más para que los partidarios de ambos toreros se excediesen en sus polémicas, llegando a algunos a las manos, con la intervención del Juzgado Municipal en el correspondiente juicio de faltas.

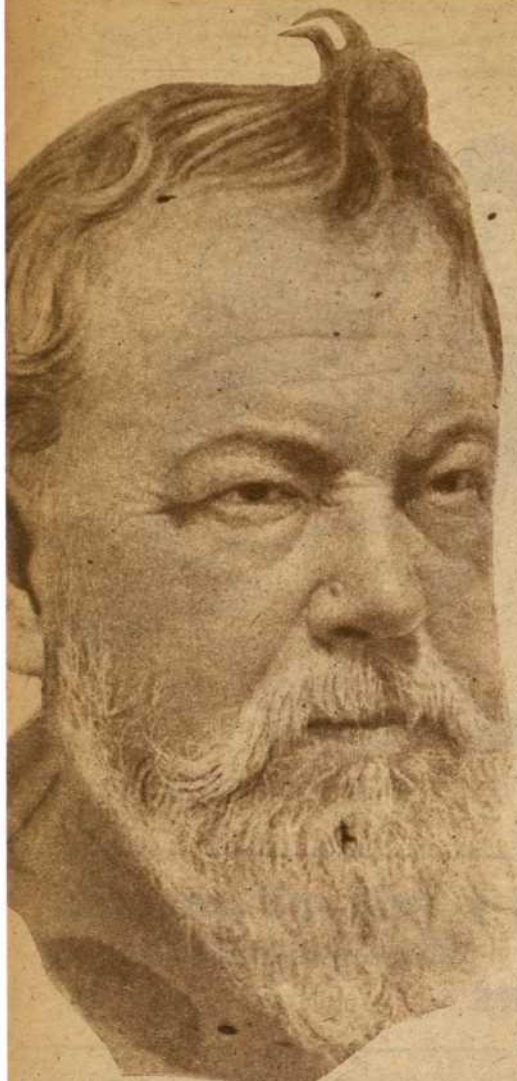
El resultado de esta corrida fué un motivo más para que los partidarios de ambos toreros se excediesen en sus polémicas, llegando a algunos a las manos, con la intervención del Juzgado Municipal en el correspondiente juicio de faltas.

Vicente Pastor paseando por las calles madrileñas en uno de estos últimos días de invierno



La españolísima pintura de **SOROLLA** y sus cuadros de asunto taurino

Por MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

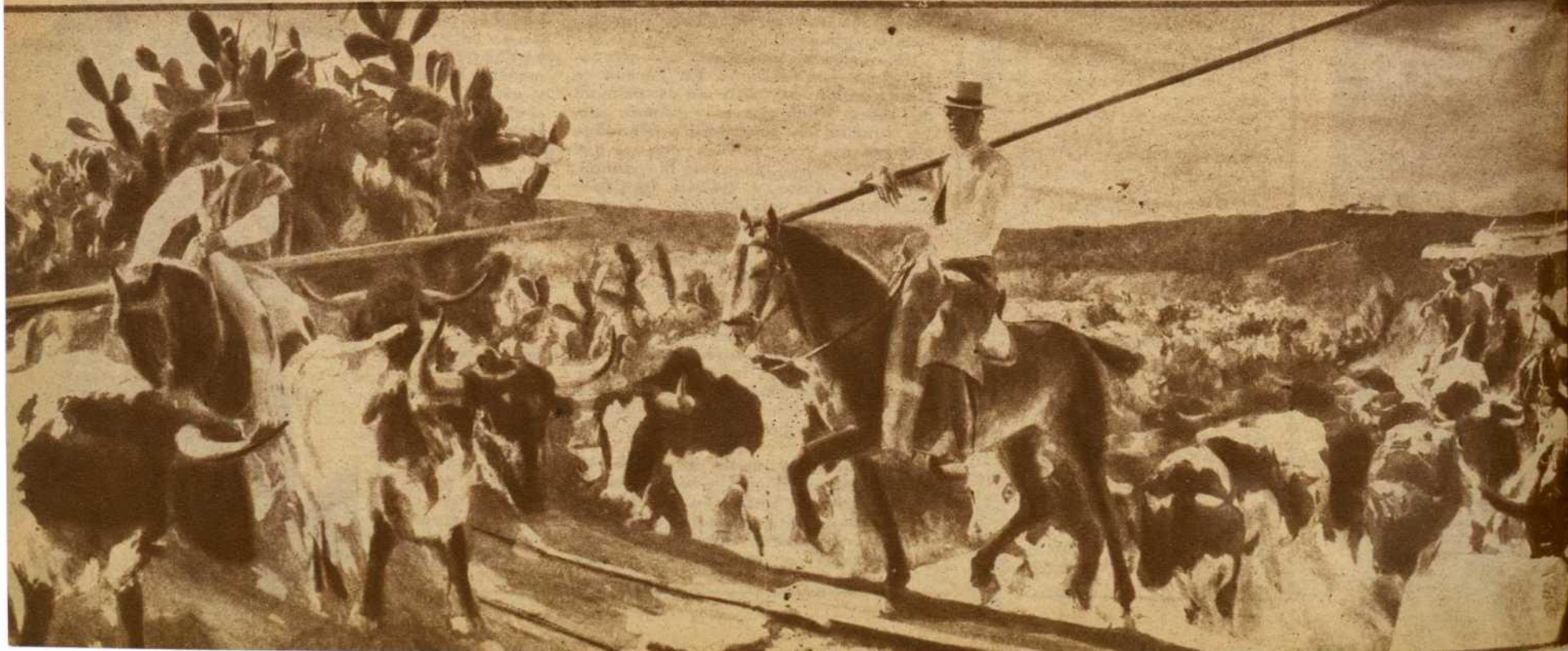


En verdad que en este desfile de pintores españoles de todos los tiempos, más bien desde Goya a los contemporáneos, desde la acritud de la pintura realista a la bella concepción académica, del impresionismo al cuadro de costumbres; en esa serie o cita de artistas de ayer y de hoy, de un pasado relativamente remoto a la palpitante actualidad de nuestros maestros contemporáneos, dispares aquella y esta época en esencia y pensamiento, en fondo y forma, en la creación estética y en las tendencias evolutivas, no podía faltar, y esta vez en sitio de honor, el hombre insigne de Joaquín Sorolla Bastida, el pintor genial, hábil creador de la luz pictórica, de los deslumbramientos estelares y de las irisaciones colorísticas, de la lumínica realización plástica de ese Levante deslumbrador donde juegan, en alegre y optimista convivencia, el color y la claridad, la plétora de reflejos y la corporeidad de las figuras que palpitan y se mueven con una emocionante y sugestiva atracción que las hace enormemente copiativas. Porque Sorolla, que fué uno de los pintores más fecundos de nuestro tiempo, con el enlace de dos siglos, que era un enamorado de su tierra natal mediterránea, la del Grao y el Cabañal, la de la Albufera y la de los naranjales y limoneros, llevaba en su mirar, en sus pupilas un tanto ingenuas e infantiles, en sus ojos, que plasmaron toda la belleza de una

región única e incomparable, esa gama de los claroscuros y los detonantes reflejos de un sol cegador —permítaseme la frase «detonante», puesto que sonido y color parece que se complementan y se yuxtaponen— que se había adentrado en su espíritu como derivación de sus ingénitas devociones. Porque luz y color llevaba Sorolla en su alma y en su pensamiento, en sus emociones y en sus ansias creativas. Y, claro está, como era un enamorado de la Naturaleza, del aire libre, del sol y del campo, del mar y de tierra adentro, cuando el campo tenía coloraciones lumínicas, no dejó de sentirse atraído, sugestionado, vencido por el tema taurino, que es precisamente luz y color, que eran —es obvio el insistir sobre ello— las cualidades esenciales y preeminentes de la temática de sus obras pictóricas. Y como Sorolla era español, para honra nuestra, y Andalucía y Levante se enlazan y confunden en el cromatismo de su ambiente, Sorolla dejó que sus pinceles, prendidos en el encanto subyugador del tema, hicieran de éste un motivo más de sus devociones, y así nos dejó apuntes, bocetos y cuadros donde el toro y el torero —recordemos *El saludo de la cuadrilla* y el inconcluso *Toreros disponiéndose a salir al ruedo*—, cuanto gira en torno a la fiesta nacional, plasmó él con esa vitalidad extraordinaria que da a las cosas y a los seres la luz, que es, al fin y al cabo, el símbolo y representación de la vida y el esplendor de la Naturaleza misma cuando ésta se rompe en una armonía de colores y en una catarata de efectos insospechados de rutilante caleidoscopio, que recogieron como ninguno los pinceles mágicos de aquel gran artista que se llamó Joaquín Sorolla y Bastida. Porque toda su obra responde a un concepto españolista y a una escuela de las más puras esencias pictóricas.



En esta planar: "El saludo de la cuadrilla", óleo de Joaquín Sorolla, existente en la Hispanic Society of América, de Nueva York
"El encierro", otra de las obras de Sorolla, que recoge magníficamente la vida del toro en el campo



PEDRO CHICOTE

empezó a ir a la Plaza cuando él y Antonio Márquez eran repartidores de Telégrafos

En las fiestas de San Fermín, una vaquilla le dió tal paliza que estuvo un mes en la cama sin poder moverse



PEDRO Chicote, este hombre que es el mayor fabricante y distribuidor de optimismo, se ha ganado a pulso un renombre, una popularidad y una simpatía que son ya indiscutibles. El es una de esas personas que todo se lo deben a sí mismos, y que, partiendo del empleo o el oficio modesto, llegan a conquistar una situación, y lo que es mejor, y sobre todo mucho, más difícil, una estimación. Muchas gentes, cuando ya han logrado sus ambiciones, o aun antes, cuando están ya en el camino de conseguir las, se olvidan voluntariamente de sus comienzos humildes y se fabrican una biografía a su gusto. Pedro Chicote no pertenece a esa clase. Por el contrario, recuerda con evidente complacencia sus años infantiles, su niñez sin comodidades, en la que el muchacho de los diez años ya tenía que trabajar para vivir. A esa edad, Pedro Chicote era ni más ni menos que el 85. Este era su número como botones de

sión, ¿por qué no decirlo?, también yo soñé con la gloria y el dinero de los toreros.

—¿Pero llegó a hacer algo para ello?

—Me lo impidió otra gran ambición que tenía cuando estaba en la edad de poder dedicarme al toro. La ambición de ser jefe-barman. Era la ilusión de mi vida, que iba a ver realizada con la inauguración del Gran Kursaal de San Sebastián, en el año 1921. Pero vea usted lo que es la fatalidad. Llevado de mi afición taurina, el día anterior me fui a Pamplona, porque eran las fiestas de San Fermín. Después del encierro salté al ruedo a torear una de las vaquillas que sueltan. Aquel animalito me quitó de un golpe mis señores toreros, y por poco me quita también mi puesto de jefe-barman. De la paliza que me dió estuve un mes en la cama, y no me despidieron del Kursaal por casualidad. Cuando pude tenerme en pie y presentarme al dueño, éste me dijo: "Bueno, tú, ¿qué es lo que quieres ser: torero o barman?" Como es natural, después de mi dolorosa experiencia no hubiera cambiado mi puesto en el Kursaal por todos los triunfos de Joselito y Belmonte juntos.

—Sin embargo, tengo entendido que ha toreado y torea usted con cierta frecuencia.

—Sí. En festivales, becerradas y tentaderos. El primer festival en que toré fué en la finca de Pérez Tabernero y he estado en todas las ganaderías de España, unas veces como amigo y otras contratado. De modo que conozco los toros en su propia salsa, en la grandiosidad del ambiente campero, y el toreo de los tentaderos no tiene secretos para mí. En ellos inventé la media verónica que lleva mi nombre y que tengo patentada. Es una media verónica que namato dándole a la res un cachete en las ancas. A veces ocurre que no me queda tiempo de hacer el remate, porque la fiera se me adelanta y me da el revolcón. Pero en un caso u otro, el éxito está asegurado. En serio toré en un festival en San Sebastián, para los damnificados por un terrible temporal de lluvias. Yo era banderillero con Manolito Bienvenida, y el matador de nuestra cuadrilla era Paulino Uscudum.

—Usted, por su edad, conoció de lleno los tiempos de Joselito y Belmonte, ¿no?

—Los conocí, aunque más bien en su última época, y yo era, ahora ya lo puedo decir, belmontista, lo que no quiere decir que no admirara la sabiduría de aquel torero inmenso que fué Joselito. Pero entonces había que tomar partido, había que definirse, y yo me decidí por Belmonte, impresionado por el valor de su toreo, por la temeraria novedad de su arte, por aquel su modo de luchar con los toros como no había luchado nadie. Un torero a quien, por ser paisano, estimaba mucho era Vicente Pastor. Me alegraba de sus triunfos como de algo propio, por aquello de que era madrileño, como yo.

—Y esta época de Joselito y Belmonte, ¿era superior a la actual?

—Era... distinta. Hoy se torea mejor. En cuanto a eso, no creo que haya ninguna duda. No me meto a buscar las razones, a dar la explicación del toreo más cómodo, sino simplemente a exponer el hecho: hoy se torea mejor que nunca, más cerca que nunca. Lo que sí había antes es más pasión.

—¿Quiere usted decir que el público es ahora más benévolo?

—Claro, sí; es más benévolo, y esto sí que tiene una explicación.

—Vamos a oír.

—La explicación de que el tirar una almohadilla significaba una multa o tres días detenido. O sea, que tal vez lo que haya disminuído no sea la pasión,

que es inseparable de la fiesta, sino la expresión violenta de ese sentimiento.

—¿Echa usted algo de menos en la fiesta?

—Nada: me parece perfecta.

En este momento el maestro Guerrero se sienta a nuestro lado, y Chicote sigue, sin interrumpirse:

—Me parece perfecta la fiesta y me parece magnífica la banda de música, y todavía me lo parecerá más cuando toque con frecuencia los pasodobles tan marchosos y tan toreros de Jacinto Guerrero.

Se ríe el maestro y nos reímos todos. Ahora, Guerrero se convierte en mi colaborador, y es él el que pregunta:

—Oye, Perico, ¿por qué no le dices cuál es el torero que más admiras?

—¿De los de hoy? Eso os lo diré dentro de unos años, cuando haya visto doscientas corridas más y tenga elementos de juicio para fallar serenamente. La verdad es que admiro a todas las figuras, porque en todas hay algo que admirar. ¿Cómo no reconocer la sabiduría y el dominio de Ortega, la joven veteranía y las artes de gran lidiador de Pepe Bienvenida, la alegría y la gracia sevillana de Pepe Luis, las innovaciones y las repentizaciones de Victoriano de La Serna, las estocadas de Curro Caro, el valor nervioso y corajudo de Belmonte, la finura de Aníbal Bienvenida, el temple de El Andaluz?... ¿Y qué decir de Manolete? ¿Qué decir de su toreo tan puro, tan verdad, tan cumbre? Yo quisiera decir algo, amigo; pero después de lo que se ha opinado y se ha escrito sobre Manolete, mi opinión carece de importancia. Sólo le diré que es grande, muy grande, enorme, gigantesco... Yo acabo de verlo en Valencia y, sobre todo en la última tarde, estuvo insuperable. Por cierto que las corridas falleras han sido buenas y bien presentadas, destacando la de Paco Urquijo, que salió a un promedio de veintisiete arrobas.

—¿Cómo ve la temporada que acaba de empezar?

—Muy buena para el espectador; muy optimista, comercialmente, para los empresarios, y de mucha competencia para los toreros.

—¿Cuál es la suerte más difícil?

—La de matar. Pero lo que más me gusta a mí son los naturales de la izquierda.

—Cuéntale —interviene Guerrero de nuevo— aquello que te pasó con Valentín Melgar.

Valentín Melgar era el gran "Manzanillón". Maestro de obras y hombre de unas ocurrencias que le hicieron célebre. Hablaba en todos los banquetes, aunque a muchos de ellos fuera sin conocer a los homenajeados. Fué íntimo de Fortuna y de Márquez. Con Márquez iba a todas las ferias y corridas de provincias.

Una vez estaba Chicote con ellos en un hotel de postín. En la carta, Valentín leyó: "ragout", y lo pidió delectando y muy intrigado, creyendo que sería un delicado plato internacional. Cuando se le trajeron no pudo disimular su decepción y exclamó: "¡Anda la osa! ¡Pues no me trae "guisao", que es lo que he comido yo toda la vida!"

—¿Es usted amigo de Márquez? —le pregunto a Chicote.

—Soy amigo de casi todos los toreros, pero con Antonio tengo una amistad fraternal, porque empezó conmigo de repartidor en Telégrafos y más tarde hicimos juntos el servicio militar en África. Es, pues, una amistad de nuestra de toda la vida...

RAFAEL MARTINEZ GANDIA



Telégrafos. Botones de los buenos, con su bicicleta y todo, para llevar lo antes posible los despachos urgentes: aquellos papalitos azules que Perico entregaba jadeante y explicando que lo había llevado lo más aprisa posible, lo que siempre se traducía en un aumento de la propina. Menos una vez... Una vez fué a llevar un telegrama a un comerciante y le dijo las palabras de rigor: "Es urgente. Vengo corriendo. ¡Como es urgente!" El truco falló. El destinatario le dijo: "Esa es vuestra obligación. Para eso es urgente y paga tarifa triple". Y... ¡ni cinco!

Pero si Chicote me habla hoy de sus tiempos de repartidor de telegramas no es para contarme su vida y su anécdota de entonces, sino porque gracias a su destino de pedaleador empezó a ir a los toros.

—En todas las corridas, el empresario, don Pedro Mosquera, mandaba dos pases de meseta de toril, que nos repartíamos los botones por turno riguroso, con arreglo a nuestra numeración. De modo que yo empecé a ir a los toros de *gañote* y al sol; picaba éste de lo lindo, pero yo me encontraba tan a gusto presenciando las hazañas de los coletudos. Parece que los espectadores "saben" mejor cuando no se paga. ¿No cree usted?

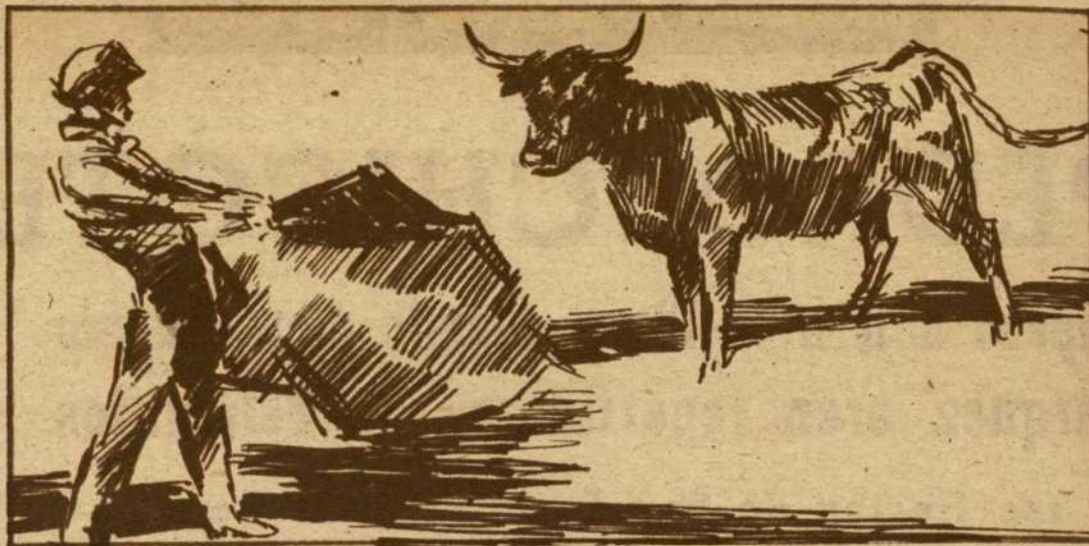
—Algo hay de eso.

—Para mí este pase de la meseta de toril era el mejor premio que me podían dar. Por él me empecé a aficionar a los toros desde chico y, en alguna oca-

Aquello de antes

EL ZAPITO

Por JOSE CARLOS DE LUNA



QUE se va por la posta la fiesta de toros? ¡Ya se fué! Queda un espectáculo honorable, estilizado, gomoso y discreto. Un espectáculo, como tantos otros, de puro entretenimiento y solaz, aunque sea más caro que todos juntos; y quizá en esto estribe su supervivencia. Si el caviar costara a perra gorda la libra, no iban a comerlo ni los gatos, porque, en realidad, no vale la pena.

Nadie discutirá que el caliente entusiasmo en que antes se embobaba la afición taurina es hoy cenital de blándenguería; y que las Plazas se llenen de espectadores no quiere decir nada, sino que la gente lo llena todo: los salones de baile, los cines, los tranvías, los balnearios y también las Plazas de toros. La gente es así; va y viene de un lado para otro, acusando el materialismo de su presencia con consciencia machacona y dejando rastros de su ausencia en mil pequeñas porquerías y alguna que otra colilla.

El aficionado de antaño era más detonante que el de hogaño, aunque a ambos iguale el amor a los cacahuetes y a las gaseosas. La pasión de entonces no reparaba en vallas ni convencionalismos, y salvo determinados *guerristas*, *joselistas* y *belmontistas*, el uso del ungüento de canutillo y de la vaselina no lo conoció el antiguo aficionado, que si tenía que tragarse una rueda de molino, la pasaba maldiciendo y haciéndose polvo el gznate, para estar luego escupiendo hieles toda la temporada. En uso de su perfecto derecho, cacareado a gritos y de nuestos.

Concretemos nuestras observaciones a la niñez, que si no ignora actualmente las corridas de toros, desconoce que sean el exponente de la raza, según dicen que decían. Verdad que los niños de hoy son más tristes y pacatos; pero también lo es el toro, y quiere decirse que deberían los niños seguir jugando al toro con arreglo a los nuevos cánones y embolando con algodón en rama las cornamentas de mimbre. Si lo que sólo cambió fué el procedimiento, ceñido a él seguirían los juegos imitando realidades. Pero no es así: al niño de hoy se le siguen ocurriendo las mismas cosas y ni por casualidad se le ve un capotillo entre las manos. Acomoda sus partidas de bandidos y sus guerras al pistolero y la mecánica; imita a la perfección el zumbido de los motores y el tableteo de las ametralladoras, y desconoce totalmente a Escobar, ganadero; Arruza, torero, y Paquito Casado, ganadero y torero. En una palabra: le tiene sin cuidado la fiesta de toros. ¿Por qué? Pues está claro, hombre; porque no les despierta los alientos de incipiente hombría; porque ya la de torero, entiende él, no es profesión a la que se empareja de manera inconcusa y sistemática el valor, la gallardía, la generosidad, el atractivo, la popularidad... Todo esto que antes se lo resolvía la excelsa profesión de matador de toros, ahora lo busca por distintos y absurdos caminos, sin toparse en ellos con la figura que cuadre y colme sus infantiles lucubraciones de español hecho y derecho.

Recuerdo el comienzo de un romancillo de Pérez Zúñiga, que decía así:

*«Llevé un domingo a mis chicos
a ver una novillada,
y desde aquel fausto día
ya no hay quien pare en mi casa,
pues los soldados de plomo,
las muñecas, las tartanas,
los cacharros y los juegos
que antes les entusiasmaban,
han pasado a la reserva.
¡No les divierte ya nada
más que lidiarse a sí propios
por tarde, noche y mañana!*

¡Así ocurría! Y como era raro el muchachete que a los nueve años no vió siquiera una novillada, no extrañábamnos contemplar en plazuelas, encrucijadas, solares y patios, las corridas donde hacía de toro el que la suerte señalaba, y de caballo, mulillas, picadores, monossabios, peones, presidente, etc., los que se destacaban por sus gustos o condiciones para cada menester, siendo matadores los gallitos de banda o los que disponían de mejores trebejos. Aunque estos no eran esenciales, porque todo se improvisaba, había algo de interés primordial: la cornamenta. Despreciables las de madera y mimbre; inadecuadas y ridiculas las de borrego, y sólo dignas de consideración y aprecio las de cuernos de toros de verdad, finas, combadas y lustrosas, sujetas a una tabla con su almohadilla de estopa y los agarraderos forrados con zalea. Los mocitos del bronce ataban a las puntas de los cuernos clavos gitanos y hasta navajillas. ¿Eh? ¿Qué me dicen ustedes, maestros?

Cuando yo muchacho, celebrábamnos *nuestras* corridas en el patio de la casa de mis padres, en la calle de Carretería. Ninguno se conformaba a quedarse de toro, y para evitar disgustos, Román el portero, sabio, prudente y patilludo, contrataba, por la merienda, al Zapito, un golfillo que merodeaba de sol a sol en aquel sector de mi calle malagueña.

El Zapito, aferrado a la cornamenta de cincoño, y despiertos sus instintos entre los que seguramente apuntaría el odio de clases, era salvaje, indómito, inculto, rústico y feroz. Vamos, bravo o bravío, según la Academia.

¡Ni la paloma azul le ligaba cuatro naturales!

Claro está que por aquellos años no se le pisaba a «los zapitos» el famoso terreno inconcebible, porque a «los zapitos» no se le ahormaban los instintos con afrecho y sulfato de sosa, ni se adobaban las cornamentas con serruchos y escofinas...

Y, sobre todo, el que se quedaba de toro, por suerte o alquiler, tenía claro concepto de la obligación y sano orgullo de su dignidad.

No ignoraba que no podía morirse sin que le entraran a matar por derecho; y yo recuerdo haber visto más de una vez llorando a el Zapito, a moco tendido y entre espumaderos de rabia y de cansancio, porque abusábamnos de su bravura y no le entrábamnos a matar ni a la media vuelta!



RETORNO AL RUEDO

JOSE IGNACIO SANCHEZ-MEJIAS, VUELVE A LOS TOROS

"Mi deseo es saldar una deuda que tengo con Madrid, donde nunca he tenido suerte"



Ignacio Sánchez Mejías, en un descanso de la fiesta campera, acompañado de su tío Rafael Gómez, el Gallo.

JOSE Ignacio Sánchez Mejías ha pasado unos días en Benamaillo, la finca situada en el término de Arahal, donde don Francisco y don Manuel Hidalgo tienen su ganadería. Allí, en pleno campo, no faltan motivos para entrenarse convenientemente. Cuando no es correr unas liebres, afición a la que José Ignacio distingue con su entusiasmo, se acosar y derribar reses o toros, una becerrita. Antes de abandonar José Ignacio Benamaillo, los señores de Hidalgo han querido celebrar una pequeña fiesta, y allí se han dado cita con José Ignacio su tío Rafael Gómez, el Gallo; Alejandro Montani, el novillero Rafaelito Vázquez, hermano de Pepe Luis, Andrés Gago y un grupo de amigos, entre los que se encontraban el representante y los corresponsales de EL RUEDO en Sevilla. José Ignacio, después de acosar y derribar unas becerras, acompañado de Manolo Hidalgo, hijo de don Manuel, ha estado toreando para nosotros en el cerrado, primero, y en la placita del cortijo, después. Ha sido una fiesta gratísima, al final de la cual —conversando en torno a la merienda, dispuesta con esa gentileza natural de la tierra— hemos tenido ocasión de charlar largamente con José Ignacio Sánchez Mejías, a quien hemos encontrado entrenado a fondo, muy seguro, en plenitud de sus facultades y con un deseo grande de volver a los toros...

—¿Cuándo es esa vuelta?

José Ignacio sonríe, y por él, que calla, contesta Andrés Gago:

—Muy pronto. Ya habrás visto que se halla, como ahora se dice, "en forma"... Y lo que es mejor, con un entusiasmo más grande que su afición.

José Ignacio asiente, pero no quiere dar detalles de su vuelta a los ruedos, donde, con un poco de suerte, puede conquistar el puesto que por sus excelentes condiciones y su nombre merece.

—Pero este año —le decimos— será difícil para todos. El público va a exigir mucho y la competencia es grande.

—Ese es un aliciente más —responde José Ignacio—. Este año será decisivo para todos. La competencia de los mejicanos hará difícil el triunfo; habrá que luchar mucho; pero, al final, la cuestión se reduce a arrimarse, a torear... Yo creo que esta temporada quedará en el recuerdo de la afición como una de las mejores, desde la inolvidable competencia de Juan y José.

—Tú, ¿qué opinas de esa polémica sobre el tamaño del toro?

—El problema del toro no es cuestión, a mi juicio, de peso ni tamaño. El toro que embista bien siempre, aunque tenga muchos kilos.

le parecerá al torero chico... En cambio, el que ofrezca dificultades, aunque sea un becero, resultará grande... Sin embargo, creo que hay un tope, los doscientos cincuenta kilos, que debe ser el límite. Con menos peso, el toro pierde emoción.

—¿Qué suerte te gusta más?

—Todas me gustan por igual, aunque quizá tenga más preferencia por las banderillas. Ahora bien; yo creo que la suerte más importante en la fiesta es la de varas. En esa suerte pueden cambiar las condiciones de un toro. De tal forma influye en la lidia, que hay toros con poder que, bien picados, salen de la suerte sin dificultades y en magníficas condiciones para el alicimiento del matador. En cambio, un mal puyazo puede convertir en peligroso un bicho de buenas condiciones.

Rafael el Gallo, que está con nosotros, interviene en la conversación, aduciendo ejemplos sobre lo que acaba de decir su sobrino José Ignacio. Don Juan Alvarez, tío de los ganaderos, recuerda unas anécdotas de Josecito. El tema nos sugiere una pregunta a José Ignacio:

—¿Viste torear alguna vez a tu padre o a tus tíos?

—A mi padre nunca lo vi vestido de luces. Torear, sí. Algunas veces en el campo. Yo iba con él a casi todos los tentaderos que le invitaban cuando, hacia 1933, se decidió a volver a los toros. De mi tío José apenas si me acuerdo. Yo tenía poco más de tres años cuando él murió. Pero mi padre siempre hablaba mucho de él. A mi tío Rafael lo he visto en su última época...

—¿Recuerdas alguna anécdota de tu padre relacionada con la fiesta?

—Muchas... Recuerdo una vez que, siendo niño, debí de ser hacia 1927, le dije, al empezar la temporada, que tenía que traermé de cada corrida que torea una oreja. La cosa era difícil. Pero cada tarde, después de la corrida, cuando Conde, su mozo de estoches, telefonaba, antes de dar la novedad, me decía siempre: "Esta tarde nos llevamos también la oreja". La primera vez que dejó de decirlo fue porque a mi padre lo había cogido el toro. Dicen que de lo único que se

lamentaba mientras lo curaban era de no haber podido cumplir lo que me había prometido. Así era mi padre...

La conversación toca a su fin. Antes de marcharnos queremos aclarar algunos detalles sobre la vuelta de José Ignacio a los ruedos. Pero todo lo más que conseguimos es que Sánchez Mejías dé su callada conformidad a lo que nos dice Andrés Gago.

—José Ignacio volverá, porque no quiere dejar pasar otro año en blanco: ¿Cuándo? Eso es cosa que yo no debo revelar. Pero si te diré que pronto.

—La última pregunta, José Ignacio: ¿En qué plaza te gusta más torear?

—Yo no puedo olvidar nunca que soy de Sevilla y que aquí he conseguido, como novillero, grandes triunfos. Sin embargo, yo quisiera torear un día, a gusto, dos toros en Madrid. Allí nunca he tenido suerte, y por eso estoy en deuda con aquella afición. Mi deseo es que esa deuda quede pronto saldada...

FRANCISCO NARBONA



Sánchez Mejías preparando el caballo para salir al campo.



Dos muletazos de Ignacio Sánchez Mejías en el tentadero donde se entrena para su vuelta a los ruedos. (Fots. Arenas)



El saludo de los matadores

Por FELIPE SASSONE



CON la primavera han venido los toros efectivos, vivos y coleando, y a lo que parece, todo dicho sea de paso, según lo que se lidió en las dos primeras novilladas, con más kilos sobre los lomos que en la temporada anterior. Los que garrapateamos cuartillas en torno a temas taurinacos, ya tenemos inspiraciones y sugerencias inmediatas, y podremos comentar lo que vemos, sin soñar, según lo hemos hecho en el invierno, nostálgicos de nuestra fiesta favorita.

No quiero decir con esto que me tiente el diablo hasta llevarme a componer revistas de toros, que doctores tiene la Iglesia y revisero este semanario, y no he de meterme yo en lo que no me incumbe ni en lo que no pudiera cumplir mejor que quien actualmente lo cumple. De cómo pican los picadores, generalmente muy mal; de cómo bregan los peones, casi siempre peor que mal; de la tranquilidad con que la Empresa nos ofrece novilleros tan verdes que no están en sazón para la Plaza de Madrid, y de otras mil cosas dignas de censura, ya se encargará el crítico oficial, que yo, hoy por hoy, me pongo al margen, y digo muy bien al margen, porque voy a hablar del saludo de los matadores que, dando la vuelta al ruedo por el tercio, agradecen las pródigas ovaciones de los aficionados, unas veces presas de legítimo entusiasmo, y otras excesivamente benévolas.

En los tiempos que corremos, los toreros se han afinado muchísimo fuera del ruedo. Ya no van de corto por las calles; ya no se alizan el pelo hacia las cejas peinando *persianas*; ya no llevan camisa sin corbata, y lucen desde hace ya muchos años a imitación de don Luis Mazzantini y de Antonio Fuentes, que fué el primero en seguir las modas de *El señorito loco*, trajes de irreprochable corte inglés, cuello almidonado, si se terciá; corbatas multicolores de último grito, *frégoli* y fieltro, en lugar de sombrero ancho, y hasta se ponen el "smoking" para asistir a las funciones de ópera y a los banquetes, resueltamente alejados del modelo que hasta su última salida conservó Rafael Guerra, Guerrita. Pues que ya beben cocteles y fuman cigarrillos rubios, y tan bien educados y sociables se muestran a todas horas, no harán mal en mostrarse igualmente bien educados cuando agradecen las ovaciones. Porque si es perdonable que pierdan la compostura cuando rifen al subalterno que brega mal y lo echan con tajas destempladas de donde estorba, ya no es tolerable que pequen por demasiada confianza cuando saludan al público en general. Si de tal suerte han extremado la cortesía los señores matadores de toros que no sólo en el primer enemigo, en el que brindan, se quitan la montera, sino que en todos los toros que matan, y aun en los que banderillean, ejecutan toda la suerte descubiertos, supongo yo que por comodidad y no por respeto al enemigo, aunque maliciosamente hablase de cortesía, no veo por qué han de perder esta última hasta el punto de que por agradecer de prisa la ovación den la vuelta al ruedo agi-

tando la toalla de su aseo personal, que entre barreras les tiene prevenida el mozo de estoques para enjugarse las manos torcidas. Es regla de buena urbanidad que las funciones de aseo personal se hagan siempre en privado, y así las personas finas se limpian los dientes en su casa y se abstienen en la sobremesa de hurgarse las encías con los pañillos. Nadie sale a recibir una visita con la servilleta en la mano, ni mucho menos con la cara embadurnada de espuma, porque la visita le pilló aféitándose, ni con la toalla en una mano y el jabón en la otra. Pues bien, finísimos matadores de toros; el agradecer la ovación agitando en el aire la toalla con que se limpiaron ustedes los dedos que valientemente mojaron en la sangre del enemigo, es una malacrianza de tomo y lomo, que no va bien, ni mucho menos, con la nueva manera de ser de los señoritos toreros, que si por señoritos no han de olvidarse nunca de que son toreros, por muy toreros que sean, y por muy contentos que estén de sus triunfos, no han de olvidarse nunca de que son señoritos.

El matador de toros, cuando la ovación es muy grande y fervorosa, bien puede agradecerla llevando la muleta y el estoque, y así mostrará su gratitud inmediatamente, sin darse tiempo de ir a dejar los trastos a la barrera; si la ovación tarda en producirse, porque los aficionados se entretengan antes en silbar al toro muerto, se tomará tiempo para cumplir su función de aseo personal, y cuando lo requieran los aplausos, ya saldrá, a la vez muy torero y muy cortés, con la montera en la mano derecha y el capote plegado sobre el brazo izquierdo a recibir los aplausos, y aun podrá hacerlo si quiere, a cuerpo limpio, siempre que no enlaze las manos en el aire, con la actitud de los boxeadores y de los jugadores de fútbol. Todo cuanto quiera en zalemas y genuflexiones, que dicho sea de paso son muy poco taurinas, pero que pasamos; pero de ninguna manera salir a saludar con la toalla en la mano, como si fuera dispuesto a cumplir con cualquier espectador que lo solicitase, menesteres de odontólogo o de peluquero. Tampoco estaría mal que en las corridas de competencia y de entusiasmo desbordante saludase por sí solo y por su propia cuenta, sin ir a buscar a la barrera al compañero o a los compañeros, para salir todos cogiditos de la mano, como los cantantes de ópera y las *vedettes*, autores, músicos y escenógrafos de la última revista triunfal.

Porque cuanto menos se parezcan los toros al teatro, tanto mejor para la fiesta.





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

BELMONTE, en el malecón

ALLA en La Habana, como empieza una vieja canción de ritmo tropical, está hecha esta fotografía, en la que el fenómeno trianero aparece acompañado por el simpático actor cómico Casimiro Ortas, de un individuo que se asemeja mucho al tipo *standard* de los bajos cantantes y de un tercero, cuyo blanco lazo anudado bajo la barba, su duro sombrero de paja y aire indolente, nos delatan a primera vista al nativo de aquellas islas.

No sabemos qué coincidencia ha reunido a estos hombres bajo este sol y este ángulo indiscreto de la cámara fotográfica, aunque suponemos que Casimiro estaría actuando

Fuera del ritmo del pasodoble, sus andares tenían cadencias aplanadas, y así, entre los otros dos espadas, él echaba sus largos pasos, despreocupado de aquella música que no le iba.

Es, quizá, ésta una de las razones por las cuales Juan Belmonte hizo escala en La Habana y dió lugar a esta fotografía con el desternillante cómico, el hombre que se asemeja a un bajo cantante y el nativo del paja, en el malecón del puerto cubano.

Y habrá sido Casimiro, buen guía, quien en un rápido "carro" le habrá dado unas vueitas por la ciudad, y de las cuales el "fenómeno" no ha sacado provecho alguno, pues él busca la guajira, la rumba, el danzón...

Y hasta dar con ellos, hasta sentirse traspasar por sus melodías y contemplar el ardiente contoneo de sus bailes, suponemos que Belmonte no se encontró en la Cuba que buscaba de una manera imprecisa y atrayente.

¿Se vió él en la monotonía del son cubano? ¿Se sintió en lo deslavado y sensual de aquella música y en el lacio ademán de la pareja de baile?

No sabemos.

Aun en la fotografía da, una vez más, su aire ausente y añorante, junto al refocilante cómico y a aquel que parece un bajo y al otro indolente nativo de blanca corbata de lazo y duro sombrero de paja.



en algún teatro de la capital cubana y que Juan iría camino de los ruedos mexicanos e hizo un alto para conocer la tumba en su propia salsa.

O quizá el torero sevillano, de ardores de danzón y movimientos lacios, quiso visitar aquellas tierras arrastrado por una atracción imponderable y temperamental.

Porque Juan, ese torero de aire cargado de sueño, cuya cabeza parecía hundirse en su pecho a impulsos del peso enorme de su somnolencia, era en los ruedos —en el paseillo, junto al burladero, con la roja capa yénticsele de las manos hacia la arena, en su irse hacia el toro— un hombre de otro clima.



RECUERDOS Y AÑORANZAS DE UN VIEJO EMPRESARIO

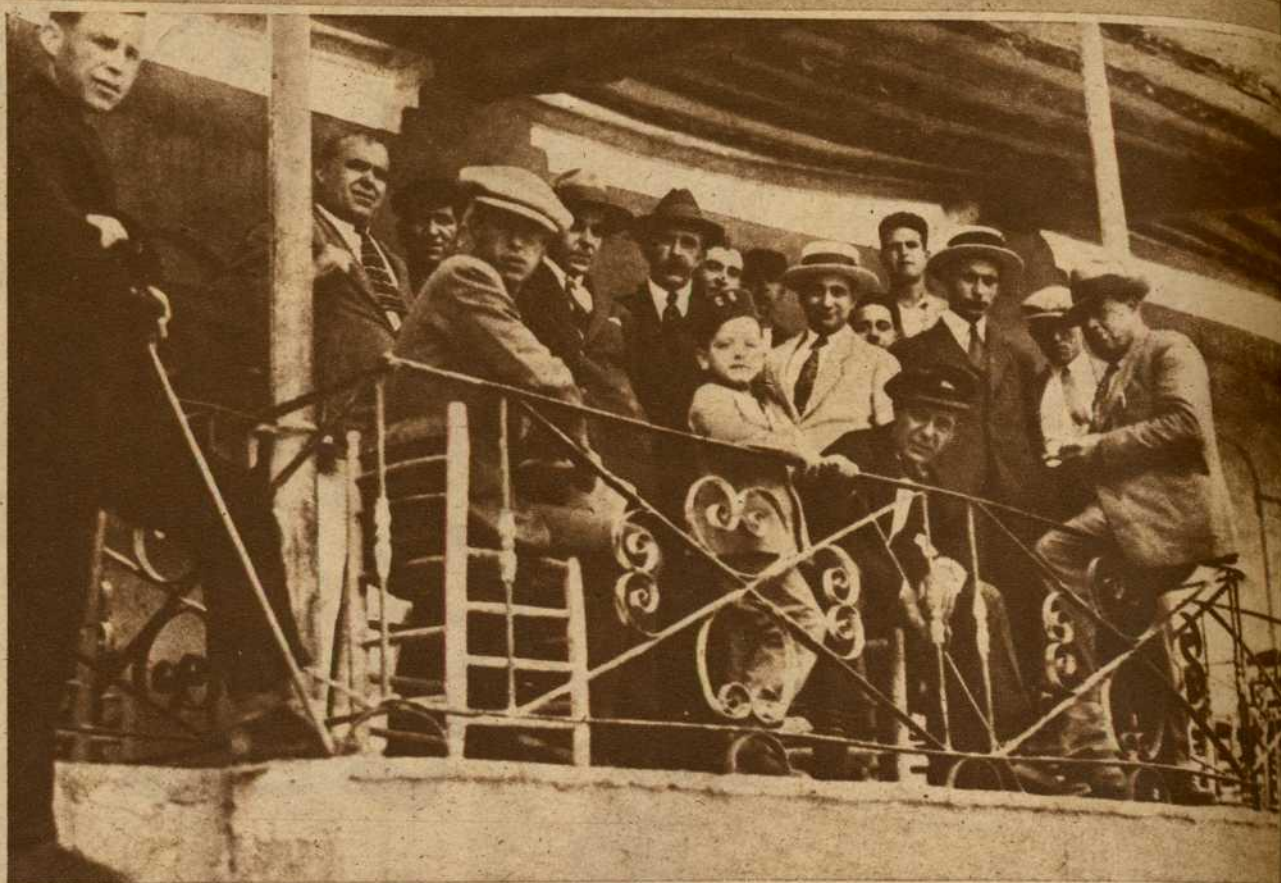
Por JULIO FUERTES



Don Cristóbal Martínez, empresario que fué de la Plaza de Yecla, en la actualidad, con el bastón que le regaló Carratalá



Don Cristóbal Martínez, que ha recordado para EL RUEDO su intensa vida taurina, cuando era empresario, acompañado de uno de los niños adoptados por el que fué popular hombre taurino



Ignacio Sánchez Mejías, Pepe el Algabeño y Cristóbal Martínez, en uno de los palcos de la Plaza de Toros de Yecla, cuando Sánchez Mejías trató de comprarle la Plaza a don Cristóbal

II Y ULTIMO

El ejemplar empresario de Yecla que fué don Cristóbal Martínez, pese a su extraordinaria y apasionada afición y a la vivaz inteligencia y dinámica actividad que le valieron el apodo de Cohete con que le rebautizaron sus propios paisanos, no tuvo éxito económico en el total de sus innumerables gestiones. Por unas u otras cosas, nuestro hombre, en vez de prosperar a costa de las fatigas y preocupaciones que le acarrea la organización de espectáculos taurinos, iba destruyendo su personal posición económica y descuidando los intereses de un negocio de espartos, que constituía la base de su vida. El infortunio fué el sino de su desmesurada afición. Tanto fué así, que más de una vez empresarios, ganaderos y diestros intentaron ayudarle para que se salvase, al menos, del ruinoso negocio de haber adquirido la Plaza de toros.

EMPRESARIOS Y DIESTROS AYUDAN A DON CRISTOBAL

Don Alvaro Guisot, padre del actual empresario de la Plaza de Alicante, organizó una corrida a beneficio de don Cristóbal y perdió unas nueve mil pesetas; pero don Alvaro, cordial y generoso, a la vez que le abrazaba, le metió dos mil pesetas en el bolsillo de la chaqueta, diciéndole:

—Me haré la cuenta de que he perdido un poco más, pero no puedo consentir que un aficionado como tú pase este calvario.

En otra ocasión en que don Cristóbal no pudo asumir por sí solo el riesgo económico de una corrida, se asoció con cinco señores más. Torearon en aquella ocasión Ricardo Torres, Bombita, y Saleri y, pese a lo atractivo del cartel, se perdió dinero.

Bombita, que se dió cuenta del fracaso, preguntó al empresario a punto de partir:

—¿Qué habéis perdido?

—Nueve mil pesetas justas—respondió don Cristóbal.

—Pues toma; tú no debes perder. Y le entregó mil pesetas.

Saleri, presente en la escena, echándose mano a la cartera, le dió quinientas pesetas, con estas palabras:

—Yo puedo la mitad que éste, pero quiero que

no pierdas nada y como tu quebranto son mil quinientas pesetas, quedas en paz.

A lo que Bombita agregó:

—Y para que te quede algún buen recuerdo toma.

Y le regaló un magnífico alfiler de corbata con una perla y dos brillantes.

LIMEÑO, POCAPENA Y EL MAYORAL HERIDO

El 26 de agosto de 1923 se lidiaron cuatro toros del duque de Veragua por Mariano Montes, Bernardo Casielles, Salvador Freg y Rodalito, que cobraron tan sólo, en honor de don Cristóbal, en cuyo beneficio se organizó la corrida, mil pesetas cada uno. Pudo ser una corrida de éxito económico, pero por la mañana, el toro Limeño—primo hermano, por cierto, según el historial de la ganadería de Pocapena, el toro que mató a Granerocorneo e hirió gravemente al mayoral y el público se retrajo.

Mariano Montes, que por cierto cortó la oreja de su toro, que pesó en canal 394 kilos y había matado siete caballos, cuando fué a pagarle el empresario, le dijo:

—No me des mil pesetas. Con doscientas tengo bastante para los viajes.

Don Cristóbal, que sólo enjugó así una pequeña parte de su déficit, por un impulso cordial de su modo de ser se creyó, de momento, millonario y acordándose del mayoral herido—al que poco antes halló muy preocupado por tener que ingresar en el hospital—, se fué a verlo y le dijo:

—No tengas preocupaciones de ninguna clase. Te van a llevar a mi casa y mi mujer y yo vamos a ser, además de tus amigos, tu familia y tus enfermeros. ¡Pues no faltaba más!

Y el mayoral curó en casa de don Cristóbal, cuidado y mimado como un hijo.

SANCHEZ MEJIA QUISO COMPRAR LA PLAZA DE YECLA

Don Cristóbal, desengañado y casi arruinado, pretendió vender la Plaza y dió la noticia entre sus múltiples conocimientos en el mundo del toro.

Un presunto comprador, Ignacio Sánchez Mejías, apareció en seguida en un automóvil, acompañado de otro diestro, que murió heroicamente en nuestra Cruzada: José García, el Algabeño. El proyecto era que los dos torearían una corrida

Ignacio Sánchez Mejías quiso comprar a don Cristóbal Martínez la Plaza de Toros de Yecla



Sánchez Mejías y Pepe el Algabeño, vistos en el ruedo de la Plaza de Yecla, en ocasión de la visita que hicieron los dos famosos toreros a la citada Plaza

poniendo, además, el ganado, y que el importe íntegro de la taquilla, más la carne de los toros, serían para el empresario.

Quedaba tan sólo ultimar la fecha.

Y no pudo haber acuerdo. Sánchez Mejías había calculado la corrida para un día de trabajo, y don Cristóbal sabía que un pueblo de faenas agrícolas como Yecla sólo en un domingo podía darse el espectáculo con buen resultado económico, a pesar de ser feria.

Ignacio, sorprendido de la viveza de empresario y enterado del apodo con que se le conocía en el pueblo, le dijo:

—Si me presentas a la persona que te puso Cohete, te regalaré mil pesetas.

A lo que don Cristóbal respondió humorísticamente:

—No te comprometas, porque el apodo fué inventado por todos y cada uno de los que me conocen y tendrías que preparar muchos miles de pesetas.

AMARGURAS Y, ¡AUN!, ESPERANZAS

—He tenido mala suerte; estoy viejo y arruinado; pero he sido amigo de los mejores toreros de mi época, he visto millares de corridas de toros y todo lo doy por esta afición que no he podido perder aún. Este bastoncito es de aquel modesto novillero que se llamó Carratalá; esta cartera me la regaló Pepito, el Algabeño.

Me iba mostrando pequeños objetos evocadores, cuando de pronto miró sus manos y agregó sombrío:

—Me falta lo mejor.

—¿Qué es, don Cristóbal?

—Mi mala suerte! Un tresillo que me regaló Joselito con un rubí y dos brillantes... ¡Tuve que venderlo!

—No se apure usted, hombre. Aun tiene usted buenos amigos en el mundo del toro y como usted lo merece todo, ¿quién le dice que un día no le organizan a usted un beneficio que le saca definitivamente de apuros?

Sonrió claramente, juvenilmente, y terminó:

—¿Por qué no hablamos de los toreros que yo he sacado? Algunos aun viven.

PRESENTACION DE TOREROS

—Como usted quiera, don Cristóbal. ¿Qué toreros ha sacado usted?

—No es exactamente que yo haya sacado toreros, aunque bien hubiera querido y otro gallo me cantara. Es que, llevado de mi afición y desecho de apoyar a los que empezaban, me dediqué en una época a organizar becerradas para noveles. Así fueron a la Plaza de Yecla, entre muchos que no recuerdo —¡ay los años, cómo gastan la memoria!—, los que figuran en estos curiosos carteles. Aquí tiene a Jumillanito, hoy Jumillano, hombre famoso en negocios taurinos; aquí tiene a Pepito Fernández y a Antoñito, Maravilla, el torero que alcanzó, en su confirmación de alternativa en Madrid, el éxito mayor que alcanzara diestro alguno en tan señalada fecha. Al uno y al otro los presenté como de la «Cuadrilla juvenil madrileña». Aquí están nuestros paisanos Ricardo Martínez, Yeclano, y Orengo... víctimas de la afición

VICTIMA DE LA FIESTA

—¿Usted es víctima de la afición?

—Realmente lo soy. Me hice empresario y achacando la mala marcha de mis asuntos taurinos a lo que tenía que pagar de alquiler por la Plaza, la compré. Después fué peor, porque el dinero invertido no me producía el interés necesario. Luego quise venderla y no encontré comprador. Y más tarde, durante nuestra gloriosa guerra de Liberación, fué desmantelada de todas sus maderas, de todo su hierro... ¡Quedó convertida en un solar!

Don Cristóbal hace una pausa que trasciende melancolía; pero reacciona pronto y agrega:

—Estoy contento, sin embargo. Ahora sirve para los muchachos del Frente de Juventudes, que hacen en ella ejercicios gimnásticos, demostraciones de atletismo, juegan al fútbol e... incluso al toro. ¡Menos mal!

—¿Y qué es lo que usted quisiera, don Cristóbal?

—Me contento con que se acuerden de mí los amigos. ¡Estoy tan viejo...! Me gustaría encontrar Bombitas y Saleris y Montes y Joselitos... que se acordasen de mí como cuando antes —cuando era joven y luchaba con todo— me veía en un apuro; pero no me arredra ni el olvido. Ya ve usted, estos chicos que están conmigo en esta foto los adopté sin conocerlos, hace un par de años, porque se quedaron huérfanos. Ahora no les falta nada, aunque yo carezca de todo. Después de todo, la única satisfacción que puede uno llevarse de este mundo es haber obrado bien, ¡como Dios manda!



El cartel de la gran corrida de toros organizada en la Plaza de Yecla el año 1925, a beneficio de don Cristóbal Martínez, y en la que torearon Freg. Saleri II y Enrique Caro, Gavira



La cuadrilla juvenil madrileña, formada por Pepito Fernández, hoy destacado cameraman, y Antoñito García, Maravilla, el actual matador de toros, cuando torearon el año 1925 en la Plaza de Yecla, que regentaba don Cristóbal Martínez

Los políticos y el torero

EL MARQUES DE SANTA ANA PRESENTÓ AL SENADO un proyecto de Ley para crear dos Escuelas de Tauromaquia Por ISIDRO AMORÓS



El marqués de Santa Ana

PARTE de la sesión celebrada el día 1 de marzo de 1880 en el Palacio donde tenían asiento los senadores se dedicó al torero.

Un proyecto de ley para establecer en Madrid y en Sevilla nada menos que dos Escuelas de Tauromaquia fué la causa de aquella sesión.

Don Manuel María de Santa Ana, predicador sevillano, aficionado entusiasta del espectáculo más nacional, ilustre hombre público, que hizo sus primeras armas periodísticas como revistero taurino, fundador años más tarde del famoso diario de la noche «La Correspondencia de España», era el autor del proyecto.

Pero no sólo con éste aquella legítima gloria de la Prensa española trataba de humanizar la fiesta, sino que se adelantó a la idea que con el transcurso de los años tuvo realización gracias al esfuerzo y a la generosidad de otro sevillano no menos popular, Ricardo Torres, Bombita, fundando la Sociedad de Auxilios Mutuos de Toreros.

Desde la cogida que sufrió en Madrid el célebre espada granadino Salvador Sánchez, Francisco, por el toro Guadaleto, de Aladía, suceso ocurrido el 15 de abril de 1879, que conmovió hondamente a los aficionados, venía haciéndose una campaña abolicionista contra los corridos, en la que tomaban parte muy activa los diarios «La Fe» y «La Iberia», campaña que determinó en dicho año la presentación en los Cortes de una proposición del marqués de San Carlos solicitando la supresión de aquel espectáculo.

Y esta proposición, que tardó mucho en discutirse, fué la que obligó al marqués de Santa Ana a presentar otra en el Senado con la finalidad al principio expresada.

Dicha segunda proposición tenía fecha 17 de febrero, y hasta el 1 de marzo no llegó a ser leída.

Santa Ana solicitaba se autorizase al Gobierno de S. M. para que, mientras la modificación del espíritu nacional y de las costumbres no permitiese la supresión de los corridos de toros en España, se creasen con toda urgencia dos Escuelas de Tauromaquia, en las que, por hombres competentes y con sujeción a las reglas establecidas, se enseñaran las suertes de a pie y de a caballo con el menor riesgo posible, haciendo así más humana y menos sangrienta la lidia de reses bravas.

Para la creación y sostenimiento de estas escuelas debía contribuir las Empresas de todas las Plazas pertenecientes con el uno por ciento del producto de las entradas; los ganaderos, con igual cantidad del valor de las reses, así como los lidiadores, sobre el sueldo que cobrasen.

En el articulado de tan curiosa proposición solicitaba también su firmante, entre otras cosas relacionadas con el funcionamiento de las escuelas, que el sobrante de aquel tanto por ciento se dedicara al socorro de las viudas e hijos de los lidiadores que tuvieran la desgracia de morir en las Plazas de resultas de heridas o golpes recibidos, al pago de la curación y alimentación de los diestros lesionados y al sostenimiento de otra tercera escuela; pero ésta de primeras letras para los hijos de los toreros y de los que pretendieran serlo.

No dejó sin citar ningún cabo en su proposición el marqués de Santa Ana, pues pretendía asimismo que los gobernadores civiles no diesen permiso a los Ayuntamientos para celebrar corridas de ninguna clase, sino cuando los alcaldes de los mismos justificasen tener cubiertas todas sus atenciones de Beneficencia e Instrucción Pública.

Presidiendo la sesión otro marqués, el de Baramallana, se dió lectura por un señor secretario a la proposición, que ya había despertado los más vivos comentarios, levantándose a defenderla, entre la mayor expectación, su firmante.

Apeló Santa Ana a toda clase de razonamientos; hizo historia de los vicisitudes por que había atravesado el torero; se refirió a la Escuela de Tauromaquia fundada por Fernando VII y citó textos para justificar sus afirmaciones.

Interrumpido diferentes veces por el abolicionista marqués de San Carlos, dió lugar a que la campanilla presidencial interviniera constantemente.

Dicho marqués y los senadores señores Peteiro y Pascual, consumieron sus respectivos turnos en contra del proyecto, y antes de que éste fuera echado al corral intervinieron con gran acierto Loraña, entonces ministro de Fomento.

Se levantó el ministro de que Santa Ana, al levantar por primera vez su voz en la alta Cámara, lo hiciera para pedir la creación de dos Escuelas de Tauromaquia, y que en vista de la división de opiniones que había en el «ruedo» parlamentario, era lo mejor se dejasen las cosas como estaban.

San Carlos se comprometió a retirar su proposición pidiendo la supresión de los corridos y Santa Ana se avino a hacer lo propio con la suya, que, en definitiva, había servido de contrapeso, con gran contentamiento de los aficionados y el natural disgusto de cuantos jóvenes soñaban con emular los gloriosos de Cúchares.

Dedícaronse los informadores políticos de los diarios a hacer la reseña de la «cogida» en el Senado celebrada; se continuaron verificando los espectáculos taurinos, y el marqués de Santa Ana, satisfecho de la lancea rota en defensa de su fiesta favorita, se quedó tan tranquilo, dedicando todas sus energías al desarrollo de su gran diario nocturno, del que llegó a tirar 30.000 ejemplares, cantidad tan alta en aquella época y creación una nueva industria: la de vocarones por los vendedores en la vía pública; periódica, cosa que no deben echar en el olvido cuantos en la actualidad de tal industria viven, dedicando un recuerdo al ilustre periodista.

Nuestra contraportada

MANUEL GRANERO

Por BARICO

Granero, cuando toreas en la Plaza de Madrid, te dicen las madrileñas: «Granero, vas a morir.»



Nació Granero en Valencia el 4 de abril de 1902. Cuando por primera vez apareció en Salamanca, invitado por el comerciante don Pedro Sánchez, era un muchacho correcto y simpático, que tocaba muy bien el violín. El señor Sánchez hizo que los ganaderos salmantinos permitiesen al mozo valenciano tomar parte en tientas y festejos taurinos, alternando muchas veces con otros por aquel entonces aprendices de torero, muchachos como él con aspiraciones, que se llamaban Juan Luis de la Rosa, Manuel Jiménez, Chicuelo, y Eladio Amorós. Con sus compañeros de aprendizaje toreó en becerradas durante los años 1917 y 1918; pero no logró interesar a nadie. Los públicos estaban pendientes de Juan Luis y Chicuelo y lo que hacía Granero pasaba inadvertido. A fines de tempo-

rada, en 1919, Granero, oscurecido, toreó todo lo que le propusieron, y dió la impresión de que había fracasado en su intento, mientras Juan Luis de la Rosa y Chicuelo confirmaban cumplidamente las esperanzas que en ellos habían puesto los aficionados castellanos.

En 1920, Chicuelo y Juan Luis son ya matadores de toros. Los dos han tomado la alternativa en el mismo día (28 de septiembre de 1919), en la misma ciudad (Sevilla) y a la misma hora. Juan Luis en la Monumental, de manos de Joselito y Chicuelo en la de la Maestranza, de manos de Belmonte. Muy pocos son los aficionados que se acuerdan de Granero y aun alguno de estos pocos lo que hace es recomendar al valenciano que no vuelva a pensar seriamente en ser torero. Granero duda y se propone hacer la última prueba en la temporada de 1920. Promete que si al final de la prueba no ha salido del montón o ha hecho el ridículo, no volverá a tocar un capote. Cinco novilladas lleva toreadas cuando actúa el 3 de junio en Santander con Carnicerito y Angelillo de Triana. Había muerto Joselito, y no faltaban aficionados que dedicaban sus horas y sus afanes al intento de descubrir al torero capaz de ocupar el puesto que las astas de Bailador dejaron vacío. Los más aseguraban que el elegido era Chicuelo; los aficionados sensatos no tomaban parte en tal disparate, y muchos santanderinos opinaban que era aquel novillero valenciano, sin nombre apenas, el único que podía hacer olvidar, en ocasiones, que el de Gelves se había ido para siempre. E. día 29 de dicho mes se presentó en Madrid, alternando con Valencia II y Carralafuente en la lidia de seis novillos de Esteban Hernández. Tr. unió en cuantas corridas tomó parte, y tales fueron los éxitos conseguidos, que el 28 de septiembre de aquel año, justamente en la fecha en que se cumplía un año del doctorado de los que fueron compañeros suyos, Juan Luis y Chicuelo, y en la misma Sevilla, el Gallo le dió la alternativa, cediéndole la muerte del toro Doradito, de la vacada de Concha y Sierra. Treinta y una novilladas y ocho corridas de toros toreó aquel año Granero.

Chicuelo, el torero que, al parecer, quería competir con el valenciano, le confirmó la alternativa el 22 de abril de 1921. Este primer año de matador de toros fué de continuos triunfos para Manolo Granero. Ni el mismo Joselito había logrado, en su primera temporada de matador de alternativa, interesar a los públicos en tal medida, ni cont. atar tantas corridas. Granero empezó a torear el 23 de enero en Málaga y terminó el 13 de noviembre en Valencia. De no haber sufrido las cogidas del 10 de junio en Madrid, 26 de junio y 25 de agosto en Bilbao y 19 de septiembre en Valencia, hubiera tomado parte en más de cien corridas. Toreó en 94 funciones y mató 193 toros. Para 1922 le llovían los contratos al matador valenciano. Dos festivales y doce corridas de toros llevaba toreadas cuando se le anunció en Madrid en la cuarta corrida de abono el día 7 de mayo, con tres toros de Albaserrada y tres de Veragua, y Juan Luis de la Rosa y Marcial Lalanda, que confirmaba la alternativa, como compañeros de terna. Al segundo toro, de Albaserrada, le hizo una buena faena. Fué ovacionado y dió la vuelta al ruedo. El quinto, Pocapena, de Veragua, cárdeno, astifino y burriciego, era mansurrón, se vencía por el lado derecho y tenía quereñica a embestir en el terreno de las tablas. Hizo la pelea en terrenos del 2, y allí fué a muletlearle Granero. Cerrado en tablas el torero y vencido ya el toro sobre el lado derecho, aguantó Granero la embestida, y le empitonó la res por el muslo derecho, le suspendió en vilo, le arrojó al suelo, donde le tiró varios derrotes, y, contra el estribo, le dió tan terrible cornada en la cabeza, que se la destrozó.

La herida es mortal de necesidad. Otra herida contusa de tres centímetros de extensión en la cara anterior interna del muslo derecho. El herido, que penetró en la enfermería en estado agónico, falleció momentos después.

El cadáver fué trasladado a Valencia, y allí descansan los restos del que fué gran torero.

SESENTA Y CINCO MATADORES DE TOROS HA DADO SEVILLA EN LO QUE VA DE SIGLO

Desde 1901 a 1913 tomaron la alternativa veintitrés

JOSELITO y BELMONTE marcaron una época gloriosa del toreo



José Gómez Gallito

EN los cuarenta y cuatro años taurinos del siglo actual, Sevilla ha dado a la fiesta sesenta y cinco matadores de toros. Y siempre, a lo largo de todos estos años, hay, en un primerísimo lugar, un torero sevillano. O dos. Y, a veces, hasta tres y cuatro son los que se disputan la supremacía. Cuando empieza el siglo, el mayor de los Bomba —Emilio— está a punto de retirarse. Reverte, ya con la inseguridad y falta de facultades de la tremenda cogida que recibió en Bayona, se sobrevive dos años más. Y queda, en primer término, Antonio Fuentes y el segundo de los Bomba —Ricardo—, que inicia su fácil pelea con un cordobés, Machaquito. Después de ellos, el huracán de Joselito, el niño sabio que pulveriza a todos y a todos borra. Y dos años más tarde, Juan Belmonte, el terremoto o cataclismo que trae un nuevo estilo, que se arrima a los toros como nadie lo había hecho entonces. Y surge, inevitable, la competencia más brillante y espectacular de todos los tiempos.

La historia de Joselito es breve, intensa y trágica. Cuando sólo contaba trece años de edad, el menor de los hijos del señor Fernando, el Gallo, forma cuadrilla con otro chico sevillano, José Gárate, Limeño. Ambos recorren los ruedos españoles, asombrando a los públicos —sobre todo Gallito— por su prodigiosa facilidad y el conocimiento que revela de todas las suertes de

la lidia. Cuatro años más tarde, Joselito toma la alternativa en la feria de San Miguel, de Sevilla, el 28 de septiembre de 1912. Desde entonces hasta el 16 de mayo de 1920, fecha en que el toro Bailaor, de la viuda de Ortega, siega la vida del torero más inteligente del siglo, la carrera de Joselito es una sucesión de triunfos clamorosos por todos los circos taurinos de España. En los ocho años que Joselito fué matador de toros tomó parte en seiscientas ochenta corridas y estoqueó mil quinientas cincuenta y siete reses.

Juan Belmonte, «aquél torero barato y que había que darse prisa si se quería verlo», que dijo Guerrita, fué —contra la profecía del cordobés— un torero caro y al que todavía hoy se puede ver, si no en traje de luces, sí en traje campero, jinete a la andaluza.

Si Joselito, hijo y hermano de toreros, encuentra fácil el camino de su aprendizaje, Belmonte —sin ascendencia taurina— lo encuentra difícil, áspero y duro. Sólo su voluntad indomable, su vocación desmedida y los consejos de Calderón, el viejo banderillero de Antonio Montes, le hacen perseverar en su afición. Y como está en posesión de un valor extraordinario y tiene unos conocimientos intuitivos del toreo y se arrima como nadie, el papel de Belmonte sube como la espuma. Cuando Juan empieza, Joselito está ya camino de la cúspide. Pero no importa. Juan se encargará de ir acortando las distancias, hasta el momento en que los dos, juntos ya hasta el día sombrio de Talavera, habían de dar a la fiesta su máximo esplendor.

Juan Belmonte toma la alternativa en 1913, a final de temporada, en Madrid. Y desde el año siguiente torea cuanto quiere hasta la temporada de 1917, en cuyo año toma parte en noventa y siete corridas. La temporada siguiente, por haber contraído matrimonio en Lima, no torea en España. En 1919 toma parte en ciento diez corridas, número al que no ha llegado ninguno desde que el toreo existe. En 1921 se alejó de los ruedos españoles, a los que no volvió hasta 1925, año en el que tomó parte en un número limitado de corridas, así como los de 1926 y 27. Vuelve a retirarse de los ruedos hasta el año 1934, en que reaparece para tomar parte en otro limitado número de corridas. Y al año siguiente, 1935, Juan vuelve a vestirse de luces y toma parte en catorce corridas. Desde entonces no ha vuelto a vestirse de torero, aunque sí ha seguido pisando las Plazas de toros como rejoneador.

RELACION DE LOS VEINTITRES MATADORES SEVILLANOS DESDE 1901 A 1913

Francisco Carrillo (1901), Manuel Molina, Algabeno Chico (1901); José Palomo (1901), Manuel Jiménez, Chicuelo (1901); Angel Carmona Camisero (1904); Alejandro Alvarado, Alvaradito (1904); Manuel García, Revertito (1905); José Gallego, Pepete III (1905), Antonio Moreno, Moreno de Alcalá (1907); Manuel Torres, Bombita III (1907), Francisco Martín Vázquez (1907), Hilario López, Serranito (1908), José Carmona, Gordito (1908), Joaquín Capa, Capita (1908), Manuel Dionisio Fernández (1909), Antonio Pazos (1909), Francisco Palomares, el Marino (1912); Angel López, Angelillo (1912); José Gómez, Gallito (1912), Manuel Martín Vázquez (1912), Francisco Posada (1913), José Gárate, Limeño (1913); Juan Belmonte (1913).

Desde que comienza el siglo hasta 1913, fecha en que Belmonte toma la alternativa, ha habido veintitrés matadores de toros sevillanos. En este trabajo de hoy recogemos la relación de esos matadores, dejando para otro los que han tomado la alternativa desde que lo hizo Belmonte hasta 1930. Y en un tercer y último, los que han tomado la alternativa a partir de ese año hasta 1944.



Juan Belmonte



Manolillo, en un pase ayudado por alto, en el toro de su presentación en Barcelona



Manuel Perea, Boni, toreando por verónicas, en la faena de su primer toro



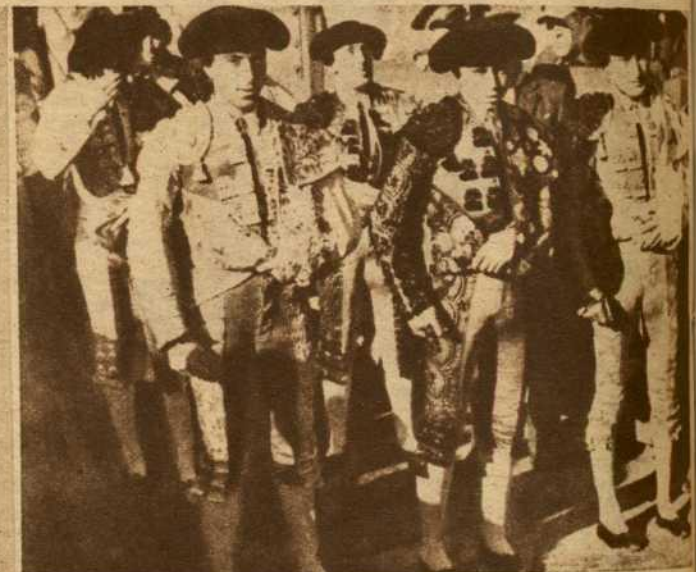
Vicente Fauró, en un pase con la derecha, en el novillo del que cortó la oreja



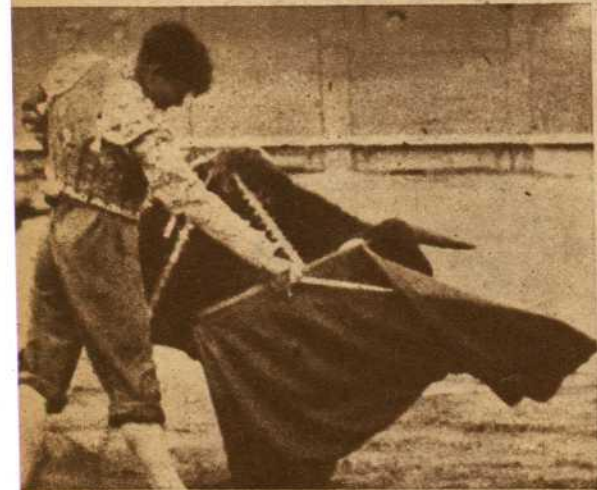
Manolillo, en un muletazo de rodillas

**CARTEL de
BARCELONA**

SEIS NOVILLOS
de DON MARIANO FERNANDEZ
para **MANOLILLO,**
Manuel Perea, BONI,
y VICENTE FAURO



Las cuadrillas, antes de iniciar el paseillo



Arriba: El Boni toreando de muleta.—
Abajo: Vicente Fauró, en un pase de pecho

JUICIO CRITICO

BARCELONA 25.—¡Lástima de novillada la de esta tarde en el ruedo de Las Arenas!

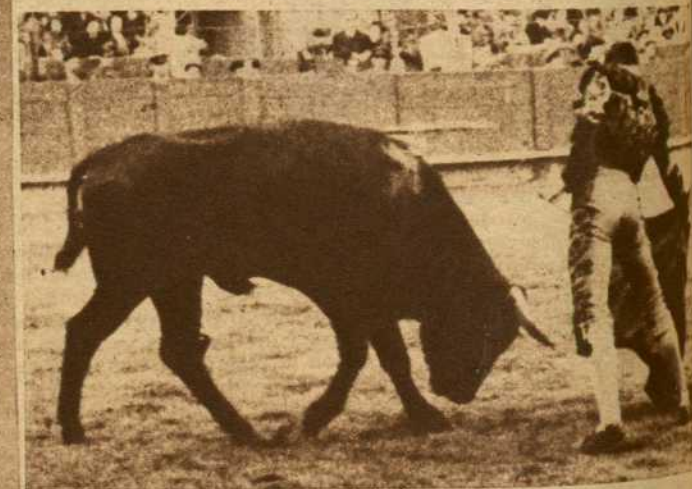
La primera sorpresa la recibimos al consignar una buena entrada. Y después fueron seis consecutivas las que fueron apareciendo por los toriles; seis novillos tirando a chicos, pero bravos, con mucha casta y mucha nobleza, ideales. Si toda la camada de la actual temporada que don Mariano Fernández guarda en sus pastos cordobeses es del mismo corte, este año van a quedar los colores de su divisa a envidiable altura. Fué la nota grata y destacada de la novillada, y el público se dió por muy satisfecho con el tamaño de los cornúpetos en gracia al magnífico juego y a la alegría sin par con que pelearon en todos los tercios.

Nos falló el primer novel, el toledano Manuel Serrano, Manolillo, sin duda porque eso de pasar a lidiar ganado con mucho genio y mucha casta en brusca transición, tal vez habituado a la media casta del novillo sin picadores, fué de demasiado peso para él. Es valiente y voluntarioso, pero tieme que placearse aun mucho.

Reapareció el chico del Boni, acusando francos progresos y mucha más decisión que en otras temporadas. No le salió todo bien, pero quedó a decorosa altura y con vistas a la repetición. Pese a su buen estilo no sacó todo el partido que pudo sacar de su segundo, en el cual escuchó música y prodigó el adorno; pero como ya hemos dicho, esto es cosa que debe revalidar en breve plazo.

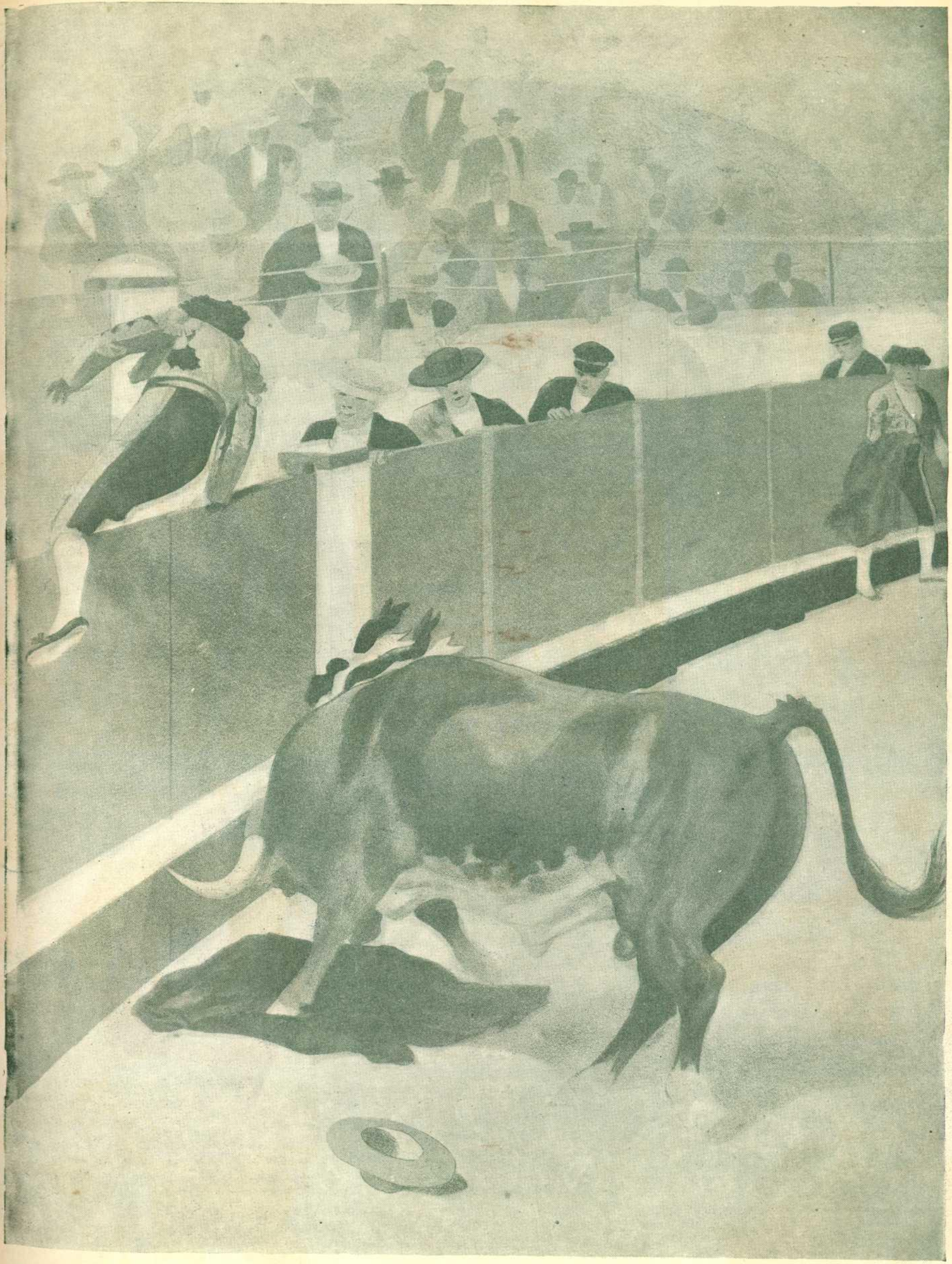
Debimos en un principio quedarnos sin ver las excelencias de que venía anunciado el segundo novel Vicente Fauró. Su primer novillo, bravo y codicioso, le ganó la pelea y le atronilló con frecuencia. Pero en el sexto y último de la tarde, Fauró se sacó la espina con una soberbia faena de muleta, en la que sobresalieron una tanda de naturales rubricados con el de pecho, de torero caro. No tuvo suerte con el estoque y pinchó tres veces. Pero se lo llevaron en hombros y se ganó la repetición.

Hubo toros, toreros, un tanto destemplados en estos fríos comienzos de temporada, y... no hubo margen para el tedio.



Dos momentos de la actuación de Vicente Fauró en la Plaza de Las Arenas, de Barcelona (Foto. Valle)





A los alcances
(Dibujo de Perea.)



Toreros célebres: Manuel Granero

monstruoso A
de la...

SUPLEMENTO A LA REVISTA DE LA CULTURA